LA HERENCIA DE UN MENDIGO

DRAMA EN 4 ACTOS Y UN PRÓLOGO

POR

José M.ª Pous y C. Colomer

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de Apolo la noche del 27 de Noviembre de 1906

Precio: DOS pesetas

BARCELONA

—

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JOSÉ MIGUEL
Junqueras, 7, Gracia
1907

La Herencia de un Mendigo

DRAMA EN 4 ACTOS Y UN PRÓLOGO

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

José M.ª Pous y C. Colomer

Estrenada con extraordinario éxito
en el Teatro de Apolo la noche del 27 de Octubre
de 1906

PERSONAJES

Mercedes	Sra. Daroqui
Flora	» Llorente
Durand Filidoro . . .	Sr. Gimenez
Bernard.	» Olivar
Alberto	» Muñoz
Verdier.	» Blanca
Marqués de Saint Valery.	» Ginestet
Baltasar	» Ros
Lorenzo.	» Lallorente
Guixart.	» Lluellas
Revel	» Marxuach
Un mozo de posada . . .	» Salas
Lacayo 1.º.	» N. N.
Lacayo 2.º.	» N. N.

Invitados de ambos sexos, lacayos y gendarmes.

La acción del prólogo en 1803 y en San Servando (aldea de Bretaña).

La del drama, á principios de 1812 y en la ciudad de Rennes.



PRÓLOGO

¡ALEVOSIA!

Sala blanca en la casita de Durand. Taller de carpintero; herramientas, tablas, trozos de madera sin labrar y á la derecha primer término; banco de oficio con serruchos, tenazas, cepillos y virutas en derredor. Puerta en segundo término izquierda y en el primero del mismo lado, un arcón, delante del cual hay una mesa. Cuatro escabeles y libros esparcidos en los muebles. Puerta grande con vidrieras en el fondo. Telón de calle (aldea). Gran ventana que dá al patio en la pared de la derecha. En el fondo izquierda, percha en la que están colgados un zurrón y una vieja chaqueta con faldones, (propia de los aldeanos franceses de la época). Esta chaqueta debe ser oscura, contrastando con la que lleva Durand, que es gris. Lo demás, se desprende del diálogo.

—

ESCENA PRIMERA

VERDIER

VER. (*Sale por el foro*). ¡Salud, señor Durand!... No hay nadie. Se conoce que al salir del cementerio, no habrá venido directamente á su casa. Siento no hallarle. ¡Hay tanto de imprevisto y extraño en la historia de ese Pedro Montel que acaba de morir aquí!... No me hubiera pesado cambiar impresiones con Andrés Durand, que le ha dado asilo. Dicen que ese Andrés es hombre de bien, aunque de temperamento exaltado. Vamos á ver. (*Mirando el reloj*). Son las diez. Tengo que ir á la Alcaldía... pero aguardaré un poco más. (*Recorriendo la estancia*). Aquí no hay lujo: herramientas... libros por todas partes... ¡Ah! ¡El es!

ESCENA II

VERDIER Y DURAND

DUR. ¿El señor notario en mí casa?

VERD. Como os he perdido de vista al salir del cementerio...

DUR. He ido á ver á mí hermanito que está en la escuela.

VERD. No he querido salir de San Servando sin despedirme de vos.

DUR. Me haceis mucho honor, señor Verdier!... y me hariais mucho más, aceptando un vaso de vino. (*Coge una botella y dos vasos que están encima del arcón y los coloca en la mesa).*

VERD. Con sumo gusto.

DUR. (*Aparte*). La sola botella que me queda. (*Alto*). ¡A vuestra salud, señor Verdier!

VERD. ¡A la vuestra, amigo mío! (*Beben y se sientan*).

DUR. Y hoy sobre todo, debemos reconocer lo mucho que vale.

VERD. En efecto: ¡el infeliz Pedro Montel acaba de pagar su tributo á la enfermedad!

DUR. Decidme, señor Verdier; vos debiais conocerle mucho, puesto que acabais de hacer dos leguas para asistir á su entierro.

VERD. Anteayer le ví por vez primera en Ploermel y en mí propio despacho donde entró á su regreso de Rennes.

DUR. (*Sorprendido*). ¿En vuestro despacho?

VERD. Sí: tenía que hacerme... una revelación. Aunque conocí que el pobre sufría mucho, estaba muy lejos de creerle tan próximo á su fin.

DUR. ¿Entonces no sabeis si era jornalero, vendedor ambulante... ó mendigo?

VERD. Nada sé... pero confiaba saber algo por vos.

DUR. ¿Por mí? ¡Sí no le había visto en mí vida! Me lo encontré muy enfermo en la cuneta de la carretera, le dí albergue... y lo único que de él supe, durante su estancia en mí casa, es que era soltero y natural de Ancenís. Tuve la discreción de no interrogarle, porque á su vuelta de Rennes esperaba una confidencia suya: pero murió en mis brazos sin tener tiempo para hacérmela, conociendo yo que el infeliz deseaba decirme algo en sus últimos momentos.

VERD. Parecía muy pobre, ¿verdad?

DUR. ¡Psé! Su equipaje no era muy pesado. (*Se levanta y señala lo de la percha*). Se componía de una chaqueta de tela burda y de un zurrón conteniendo un almanaque de Lieja, unos anteojos y dos pañuelos á cuadros azules. Voy á mandar todo eso al Alcalde de Ancenís para que lo entregue á quien tenga derecho á reclamarlo.

VERD. ¿Y vos habeis pagado la sepultura de Pedro Montel?

DUR. Sí, señor.

VERD. ¿Y á quién pensais reclamar los gastos del entierro?

DUR. Nada tengo que reclamar. El médico le ha cuidado gratis, el cura le ha asistido por el mismo precio... y yo, que soy carpintero, haré una cruz de madera para que se sepa donde reposa y Cristo con todos.

VERD. Con ese desinterés... que estoy muy lejos de censurar, no es facil que hagais fortuna, amigo mío.

DUR. Dicen que nada tengo de lo que hace falta para eso: pero... ¿quién sabe? No pienso pasarme toda la vida en San Servando... y el porvenir... es lo desconocido!

VERD. ¿Esperais tal vez casaros con alguna gran señora, como aquel pobre labrador de Ploermel, que es hoy el marido de una condesa?

DUR. Mal camino para hacer fortuna; puesto, que según dicen, la noble dama ha sido maldecida y desheredada por su familia, á causa de ese desigual enlace. ¡No abrigo el deseo ni la pretensión de casarme con una princesa! Unicamente quisiera vender mi casita y marchar á París.

VERD. ¿Vender vuestra casa? (*Se levantan*).

DUR. Con sentimiento lo confieso. ¡Era la de mi padre!... pero la sierra y el cepillo no dan más que un mezquino jornal; y luego quiero que mi hermanito aprenda... algo de más importancia que mi oficio.

VERD. ¿Vuestro hermanito? Creía que vuestro padre solo había tenido un hijo.

DUR. Y es la verdad. Digo el hermanito, porque estoy acostumbrado á llamarle así: pero Alberto es uno de los muchos huérfanos que nos han dejado las guerras de la Vendée. Durante la horrible noche de los incendios, un hombre entró en esta casa con el fusil en un brazo y su hijo en el otro. Depositó él

niño sobre este banco, prometiendo volver á recogerle al anochecer. La jornada fué sangrienta... y el pobre hombre no volvió. Mi padre fué educando al niño que, según decía, le había enviado Dios. Hoy Alberto cuenta nueve años; tiene singular talento, un corazón de oro... y estoy seguro, de que Dios mediante, llegará á ser un gran pintor.

VERD. ¿En qué os fundais?

DUR. En que... mientras sus compañeros buscan juguetes, él pide lápices y modelos. A los cinco años copiaba las imágenes de la iglesia; y hoy que su maestro le augura un gran porvenir, no quiero dejarle vejetar en el pueblo de San Servando, donde quedarian estancadas tan brillantes disposiciones.

VERD. Veo claramente muchos beneficios para Alberto en vuestra resolución: pero vos... ¿qué pensais hacer en París? (*Pausa*).

DUR. Tengo también mi vocación.

VERD. ¿Cuál?

DUR. Perdonad si no os la manifiesto... por que hay cosas que parecen ridículas. No ambiciono más que vender mi casita para sufragar los gastos de nuestro viaje. ¡Si pudierais hallarme un comprador!...

VERD. No os precipiteis. Esta tarde tendré ocasión de veros... y hablaremos.

DUR. ¿Pensais volver?

VERD. Si; para un asunto... que os interesa. (*Tomando el sombrero*).

DUR. ¿Y es?...

VERD. Hay cosas que deben tratarse pruebas en mano: paciencia, amigo Durand. A mi vuelta lo sabreis todo. (*Cogiendo un libro*). Por lo que veo teneis afición á la lectura?

DUR. Cuando me sobra tiempo.

VERD. (*Leyendo*). «Tancredo».

DUR. Una tragedia de Voltaire.

VERD. ¡Y muy hermosa!

DUR. ¿La conoceis?

VERD. Podría recitarla de memoria. Sus versos están llenos de recuerdos para mí... porque me transportan á la época en que yo era un fanático del teatro, cuando era pasante de notario en París, hace veinte años.

DUR. Los buenos versos se aprenden pronto y no se ol-

vidan jamás. Yo me sé de memoría todo el Tancredo y otras muchas obras, que en tiempos no muy lejanos represente como aficionado.

VERD. Me parece que adivino lo que quereis hacer en París.

DUR. ¿Qué?

VERD. Ser actor.

DUR. (*Después de una ligera pausa*). No puedo negároslo.

VERD. ¿Pero como diablos se os ha ocurrido semejante idea?

DUR. Siendo niño, cuando pasaban histriones y danzantes por el pueblo, lo dejaba todo para seguirles, loco de contento. Mi gozo aumentó al ver representar en Ploermel *El Cid* de Corneille!... Para abreviar: á los veinte años, mi padre me envió á París con el fin de perfeccionarme en el oficio. A mi llegada encontré colocación en el taller del carpintero que construia y arreglaba lo del Teatro Francés, donde entré tambien como asistencia de maquinaria y luego como comparsa para representar nobles, esclavos, bandidos... en los bandidos, ¡hasta el público se fijaba en mí! Cuando hacia falta un verdugo que no hablara, siempre el preferido era yo. En cambio, oía al eminente Monvel declamando sus parlamentos y me imaginaba que compartía los triunfos y los aplausos con el gran artista! Un día me presenté en su casa para confesarle que aspiraba á ser actor trágico... y le recité la imprecación de Orósmano, en la *Zaira* de Voltaire.

VERD. (*Declamando*) «Abandonando el lecho»...

DUB. (*Idem*). «Vestíme apresurado»... Eso es. Y el gran Monvel me dijo: Amigo mio: tienes buena voz, pulmones envidiables y mirada inteligente; pero... eres feo, ,anti elegante y tienes las piernas como los palos de una silla.

VERD. ¡Diablo!

DUR. No sirves ni para un teatrucho de los arrabales. Cultiva tu oficio y no sueñes imposibles.

VERD. ¡Cruel desengaño!

DUR. ¡Horrible, señor Verdier! Pero la esperanza alienta siempre á la juventnd. Un día entré en un teatrito de las afueras, donde anunciaban la *Zaira*. El galan estaba borracho y no tenian más remedio que

suspender la función cuando me presenté al Director ofreciéndome á desempeñar su parte y titulándome artista que estaba de paso en París. Se agarró el buen hombre á mi como de un áncora de salvación; me vestí y se levantó el telón. Al recitar mi primer verso sentí como un desvanecimiento... hasta el punto de ver á los espectadores con los piés hacia arriba y las cabezas abajo; pero poco á poco fuí serenándome y al terminar mi parlamento, estalló un aplauso tan formidable que me quedé, sordo por espacio de diez minutos. Terminé brillantemente; y á la salida del teatro, me entregaron una carta en la que me decian que mi padre estaba gravemente enfermo. Volé á su lado y... ya sabeis de qué modo tuve el dolor de perderle. Han pasado tres años durante los cuales he vuelto á cojer las herramientas para educar á mi hermanito. Pero hoy, que pienso en llevarle á la capital, para que reciba lecciones de nuestros primeros pintores, la fiebre del teatro ha vuelto á apoderarse de mí. Por eso os ruego, mi buen señor Verdier, que me busqueis un comprador para mi casita, allanándonos así el camino, en el cual encontraremos á no dudar muchas espinas... y tal vez alguna rosa, si nuestro destino lo dispone así!

VERD. Antes de contestaros, os pido algunas horas de reflexión. (Cabeza exaltada, en efecto; pero hombre de bien!) ¡Hasta muy pronto, amigo Durand!

DUR. ¡Salud, mi buen señor Verdier! *(Acompañándole hasta la puerta del fondo)*.

ESCENA III

DURAND

DUR. ¿Qué tendrá que decirme? En fin; cuando vuelva lo sabré. Por ahora tratemos de olvidar las tragedias... y manos á la obra. (*Se quita la chaqueta que debe ser gris y tener la misma hechura que la que pende en la percha: la cuelga y se pone un delantal*). Ante todo voy á componer el carretón que está ahí fuera. ¡Animo, Durand! El pan cotidiano no acude cuando se le llama: es preciso ganarlo. (*Ha sugetado un trozo de madera en el barrilete del banco; va á aserrarlo, cuando se presenta Bernard con dos muletas y arrastrándose penosamente.*

Lleva puesta una venda que le cubre un ojo; sombrero viejísimo, lemosina que es una especie de capotillo burdo, pero deteriorado, que le llega casi á los piés. Voz débil y quebrada).

ESCENA IV

DURAND Y BERNARD

BERN. ¡Perdonad, mi buen señor!

DUR. ¿Qué quereis, buen hombre? ¿Una limosna?

BERN. Desearía que me indicaseis donde podría encontrar á un tal Pedro Montel.

DUR. ¿Sois pariente suyo?

BERN. No señor. Vengo de Guimper donde solía verle, cuando se dedicaba al comercio de granos.

DUR. ¡Ah! ¿Trataba en granos?

BERN. Así decian, pero el negocio debió serle adverso, porque últimamente se dedicaba á la mendicidad. El nunca me ha hablado de sus asuntos; pero hace cuatro días le ví en la ciudad de Rennes, donde fuí á ver un médico que no pudo curarme.

DUR. ¿Desde cuándo os hallais en ese estado?

BERN. Desde los incendios de Moustier.

DUR. (¡Pobre hombre!) ¿Y qué quereis de Montel?

BERN. Recordarle que me dijo lo siguiente: Cuando hagas tu peregrinación á Nuestra Señora de la Salud, iré si quieres en compañía tuya, á pedirle que cure nuestros males. Me encontrarás en la calle baja de San Servando y en la casa de un carpintero. Como al pasar, he visto las herramientas del oficio, me he detenido aquí.

DUR. Por desgracia el pobre Monel no puede acompañaros. Anteayer falleció...

BERN. ¡¡Ha muerto!!

DUR. Y esta mañana le hemos conducido á su última morada.

BERN. ¡Pobre Pedro! ¡Qué pronto le venció el mal! ¡Dios piadoso! ¡Qué triste presagio para mí! Es preciso que vaya en el acto á la iglesia de San Servando, si estas desdichadas piernas quieren llevarme.

DUR. En vuestro estado es casi imposible. La iglesia está en lo alto de la cuesta cuya pendiente es muy inclinada.

BERN. Lo sé: pero debo ir.

DUR. ¿Vais á rogar por el alma de Montel?

BERN. ¡Oh! Las oraciones se pueden rezar en cualquier parte. Lo que quiero es dedicar un cirio á su memoria; porque dicen en mi pueblo que eso consuela el alma del difunto... y aleja de ella la mala suerte. (*Va á salir pero Durand le detiene*).

DUR. No podríais llegar á la iglesia, porque además de la cuesta hay que subir veinte escalones: pero descuidad; tengo buenas piernas y yo me encargo de mandar que enciendan el cirio por cuenta vuestra, ya que, según decís, ha de libraros de todo mal.

BERN. Dios os bendiga por vuestras bondades. Tomad; aquí teneis doce sueldos para pagarlo... y doce más para el cepillo de los pobres.

DUR. Esperadme y sentaos. La botella está en la mesa; echad un trago... y á mi vuelta hablaremos del buen Montel. Dentro de seis minutos estoy aquí. (*Sale corriendo. Bernard le sigue con la vista, deja las muletas, se levanta y baja rápidamente al proscenio, hablando con voz firme*).

ESCENA V

BERNARD *luego* LORENZO

BERN. Por fin he conseguido alejarle de su casa. ¡Corre más de lo que yo quisiera! El reloj de la iglesia va á señalar las cuatro... y á las cuatro debo acudir á la cita que el señor Verdier me ha dado cerca de aquí. ¡Audacia y sangre fría! (*Abre la ventana y llama á Lorenzo que contesta con un pequeño silbido*). ¡Lorenzo! Busquemos ahora la chaqueta de Durand. Debe estar por aquí, puesto que no la llevaba al salir... ¡Ah! ¡Toda azul! Debe ser esta. ¡Sí!... aquí siento crugir un papel al estrujar el faldón!... (*Descuelga y examina la prenda que antes se quitó Durand*). Pero ha vuelto á coser el forro. Por fortuna lo he previsto y traigo unas tigeras. (*Quitándose el sombrero y la venda negra que le cubría un ojo y tirándolo todo sobre el banco*). Me despojaré de estas prendas que me molestan. (*Se sienta junto á la mesa con el vestido entre las manos, y empieza á descoser*). ¡Démonos prisa!... Mi mano tiembla... los puntos van tan ceñidos uno á otro... ¡y el tiempo vuela! Abreviemos: ¡ahora lo tengo todo! (*Después de cortar la parte que puede contener el papel*).

LOR. ¡Chist! ¡Chist! (*Apareciendo montado en la barandilla de la ventana. Viste de aldeano bretón).

BERN. ¿Estás aquí, Lorenzo?

LOR. ¿Has encontrado?...

BERN. Sí; abre tu saco. (*Lorenzo lo abre*).

LOR. ¡Ah! ¿Has cortado un pedazo del vestido?

BERN. ¡Y el secreto con él! (*Lo mete en el saco de Lorenzo*)

LOR. Ahora vengan las muletas.

BERN. ¡Toma! ¡Toma!... ¡El sombrero!... ¡La venda!.. (*Se lo va tirando todo y él lo coge al vuelo*). ¿Tienes mi levita y mi?...

LOR. Todo está aquí. Despacha. Son las cuatro y el señor Verdier te esperará.

BERN. Lo sé: ¡vete! (*Desaparece Lorenzo*). Veamos si queda algo que pueda delatarme... ¡No! Coloquemos esta prenda en su lugar. (*Al colgarla ve á lo lejos á Durand que vuelve*). ¡Durand se acerca!... ¡Huyamos! (*Salta por la ventana y desaparece*).

ESCENA VI

DURAND

DUR. (*Fatigado*). ¡No he podido tardar menos!... ¿Nadie?... ¿Habrá partido ya? Mucha prisa debía tener. Voy á alcanzarle y mientras le acompaño, le preguntaré respecto al difunto. (*Se quita el delantal*). Alberto tiene lo preciso para hoy... y mañana me levantaré temprano para recuperar el trabajo perdido. Mi sombrero... (*Se lo pone*). Mi chaqueta... (*Al dirigirse á la percha, sale Verdier, seguido de Bernard que lleva una levita abrochada y gasta anteojos. Lleva una cartera bajo el brazo.*

ESCENA VII

DURAND, VERDIER *y* BERNARD

VERD. Aquí estoy otra vez.

DUR. ¡Señor Verdier!... (*Se quita el sombrero y lo deja sobre un mueble*).

VERD. Ya veis que os cumplo mi palabra. He querido que me acompañara Bernard, á quien cité cerca de aquí, para que me tragera ciertos papeles importantes.

DUR. Tomad asiento, señores. (*Acercando taburetes. Verdier se sienta detrás de la mesa y frente al pú-*

blico. A su izquierda se sienta Bernard á una seña de Verdier. Bernard saluda antes y se sienta á corta distancia adoptando una actitud modesta.

VERD. Señor Durand: cerrad si os place, esa puerta y esa ventana... y prestadme toda vuestra atención.

DUR. Os escucho.

VERD. Pues... vengo á leeros el testamento de Pedro Montel.

DUR. ¿Su testamento? (*Sorprendido*).

VERD. (*Tomando un papel de una gran cartera que le presenta Bernard*). Esta mañana no quise haceros ninguna confidencia, porque antes de hablar de dicho testamento, debía cerciorarme en la alcaldía, de que el acta de esa defunción estaba inscrita con toda regularidad. Así quedo preparado para responder á las reclamaciones probables de sus parientes, á quienes no debo convocar para esta lectura, puesto que el testamento no interesa á nadie más que á vos, amigo Andrés. Pedro Montel os ha nombrado su heredero universal.

DUR. ¡A mí!... ¡Señor Verdier!... Pero... (*Levantándose*).

VERD. Escuchadme.

DUR. ¡Yo!... ¿Heredero de Montel? (*Volviendo á sentarse*).

VERD. (*Leyendo*). «Testamento dictado por Pedro Montel, natural de Ancenís, al señor Verdier, notario, en su despacho de Ploermel el 14 de Julio de 1803, á las siete de la tarde.—Artículo 1.º El temor que siempre he tenido de casarme con una mujer que no llenara mis aspiraciones ha hecho que permaneciese soltero. No tengo otros parientes que dos primos más ó menos lejanos que siempre me han despreciado por creerme pobre; por cuya razón quedan excluidos de mi herencia.»

DUR. Con esos, ya estaban saldadas las cuentas.

VERD. «Quise abandonar lo que poseo, que no ha de serme útil en la otra vida: pero un honrado joven me ha socorrido con tanto desinterés que no puedo menos de mostrarle mi gratitud. Nombro pues heredero universal de cuanto poseo á Andrés Durand, carpintero, domiciliado en la calle baja de San Servando».

DUR. ¡Pobre Pedro Montel!

VERD. «Artículo 2.º=Le dejo además de mis zapatos, mí chaqueta, mí saco... etcétera... una caja de dos

piés en cuadro, llena de escudos de seis libras».

DUR. ¡Cómo!... ¡Qué!... Dos piés... cuad... de escudos...

VERD. «Le dejo un pequeño barril con aros de hierro lleno de luises de oro de veinte y cuatro libras con el busto de Luis XVI...»

DUR. ¡A mí! (*Levantándose, sentándose y no sosegado*).

VERD. «Y finalmente: una cantidad igual á las dos precedentes, en un paquete de billetes del Banco de Francia».

DUR. ¡Qué extraño es el soñar estas cosas y creer, soñando, que estoy despierto!

VERD. (*Levantándose y acercándose á Durand*). No soñais, amigo mío. Montel era un viejo avaro y os deja sencillamente todo lo que había atesorado. Prosigo. (*Vuelve á sentarse; Durand también, pero acercándosele mucho*). «Todos esos escudos, luises y billetes pertenecerán á Durand sin restricción ni condiciones: y sí, como yo, es más feliz contemplándolos que gastándolos, que los guarde enhorabuena y los contemple á su satisfacción.

DUR. (*Muy conmovido*). ¡Contemplarlos!... Ciertamente, tendría mucho placer en ello, pero...

VERD. Y ahora comprendereis. amigo mío, el porqué yo os aconsejaba que conservarais la casa paterna.

DUR. (*Levantándose y con exaltación*). ¡Oh, sí! ¡la conservaré! ¡Pobre casita donde he recibido el último suspiro de mí amado padre!... ¡y donde he cerrado piadosamente los ojos de quien me ha dado la riqueza! ¡La riqueza á mí y á Alberto, que soportábamos en secreto las privaciones y la misería! ¡Para nosotros los barriles de oro! ¡los piés cuadrados de escudos de seis libras!... ¡Ah, mi buen Montel!... Si supieras toda la felicidad que... ¡Perdonad, señor Verdier: la misma alegría, la gratitud!... todo eso me oprime tan fuertemente el corazón, que me ahogaría... si no pudiese llorar! (*Se deja caer sollozando sobre un taburete*).

VERD. Ahora es preciso saber donde están ocultos los metales y los billetes.

DUR. Iba á preguntároslo. (*Llorando aún*).

VERD. Yo no lo sé.

DUR. ¡Ah! ¿entonces?...

VERD. Pero Montel se ha encargado de decíroslo.

DUR. ¡Pobre hombre! ¡Ha pensado en todo!

VERD. «Artículo 3.º—Durante mi laboriosa existencia,

he aprendido á desconfiar de los hombres. Perdóneme, pues, el señor notario, si desconfío de él como de los demás».

DUR. ¡Disculpadle, señor Verdier! ¡No os conocía!

VERD. «Por cuyo motivo he escrito de mi puño y letra los sitios y escondrijos en dónde están ocultos mis tesoros».

DUR. ¿Ha escrito?...

VERD. «Y ese documento único, lo he colocado entre la tela y el forro de una chaqueta gris perteneciente á Durand, para que descubra en su propio vestido, sin testigos ni intermediarios, el secreto importante que á nadie interesa más que á él. Fechado y firmado por mí, Pedro Montel, natural de Ancenis».

DUR. ¿Entre la tela y el forro de mi chaqueta? Pronto lo sabremos. (*Levantándose*).

VERD. (*Deteniéndole*). Eso á nadie interesa más que á vos: y la discreción...

BERN. ¡Justo! la discreción...

DUR. ¡Yo no soy desconfiado! Por el contrario, seré muy dichoso, señor Verdier, si os dignais guiarme con vuestros consejos.

VERD. Si es así... (*Se sienta y hace seña á Bernard que se inclina y se sienta también*).

DUR. (*Examinando la chaqueta*). ¡Cómo!.. ¡Es posible!.. ¡Mirad! Alguien ha cortado...

VERD. ¿Qué?

DUR. ¡La chaqueta... el secreto... El escrito de Montel... ¡ha sido robado! (*Se levantan precipitadamente*).

VERD. ¡Robado!

DUR. ¡Ved sinó!...

VERD. ¡En efecto!

DUR. ¿Pero cuándo?... ¿por quién?...

VERD. ¿Quién podia saberlo?

DUR. (*Agitadísimo*). ¿Cuando Montel os dictaba el testamento... había testigos?

VERD. Ninguno.

DUR. ¿Ni nadie podía oiros?

VERD. Nadie. Eran las siete de la tarde y mis pasantes habían salido ya. Sólo quedó solo Bernard, para guardar la casa.

BERN. (*Con viveza*). Como yo sabía que el señor Verdier estaba de consulta, me coloqué junto á la puerta de la casa, para despedir si era preciso á los

importunos, pero nadie llegó á tocar el aldabón del portal.

DUR. ¡Ah! ¡Ya sé quién ha podido cometer el robo!

VERD. ¿Lo sabeis?

DUR. ¡Una sola persona ha entrado en mi casa! Un viajero que me ha hablado de Montel. ¡Ese debe ser sin duda! Ha encontrado un pretexto para alejarme, quedándose solo aquí; pero no puede estar lejos. Es un aldeano enfermo y mutilado en los incendios de Moustier... y no puede haber avanzado mucho camino.

BERN. ¡Ah, qué idea! El coche del señor Verdier está cerca de aquí.

VERD. Es verdad. Bernard, subid en él, llegad volando hasta el puente de la aldea y haced que detengan al ladrón si intenta pasarlo.

BERN. Sí: pero... ¿cómo lo reconoceré?

DUR. Se arrastra con la ayuda de un par de muletas. Viste muy pobre y habla con voz débil y quebrada.

BERN. Con esas señas será facil distinguirle.

VERD. ¡Pronto, Bernard!

BERN. Contad... confiad en mi celo. (*Vase precipitadamente*).

ESCENA VIII

DURAND Y VERDIER

VERD. Y nosotros salgamos también para dar la voz de alarma y llegarnos á la casa del Procurador imperial en Ploermel, con el testamento y la chaqueta como pruebas de convicción. (*Coje el vestido)*.

DUR. (*Maquinalmente*). ¡Vamos!

VERD. Antes, asegurémonos de que el escrito no está aquí.

DUR. ¡Si han cortado hasta la tela para robarlo! Si no estais convencido, volvamos á examinarla.

VERD. ¡Qué es esto! (*Hallando una tirita de papel en el forro*). ¡Un resto tal vez del documento!

DUR. Las tijeras no lo habrán cortado todo.

VERD. No; porque ha quedado aquí una sola línea escrita.

DUR. ¿Qué dice?

VERD. «Rohan, número 19, los preciosos billetes de Banco». (*Leyendo*).

DUR. Rohan, número 19. (*Idem*).

VERD. (*Reflexionando*). Rohan, número 19.

DUR. Sin duda el número de una casa.

VERD. Si, pero... ¿y el nombre de la calle? ¡Rohan tiene más de mil!...

DUR. ¡Imposible adivinar!...

VERD. ¡Una idea! La falta de esta línea que él no conoce ha debido paralizar la acción del criminal. Colo, quemos esto en su sitio. (*Vuelve á dejar el papel entre el forro y la tela, y se coloca la chaqueta sobre el brazo*). Estas cuatro palabras podrán dar luz á la justicia. Venid.

DUR. (*Descorazonado*). ¿Dónde quereis que vayamos?

VERD. A Ploermel

DUR. No puedo dejar á Alberto solo en San Servando.

VERD. ¿Dónde está ahora?

DUR. En la escuela.

VERD. Vendrá con nosotros y yo mismo, si es preciso, os conduciré á Rohan. Apresurémonos.

DUR. ¡Pero yo no puedo viajar así! Como no tengo más chaqueta que esta...

VERD. ¿Y esa otra que está en la percha?

DUR. Pertenecía á Montel. (*Yendo á buscarla*). ¡Ahora es mia! ¡Ahora pertenece á su heredero universal! ¡He aquí todo lo que me han dejado esos malvados! (*Con profunda tristeza*). ¡Anda, pobre Andrés! ¡infeliz desposeido! ¡Cùbrete con tu herencia!.. ¡y procura que tu amargura no dure más tiempo del que duró tu riqueza! (*Se sienta pensativo sobre el banco*).

VERD. ¡Comprendo vuestro abatimiento; pobre amigo mío!... pero, Dios mediante, encontraremos...

DUR. ¡Nada, señor Verdier! No encontraremos nada. ¿Creéis que el culpable no habrá tomado sus medidas para asegurar su fuga, como las ha tomado para robarme? No lo dudéis. ¡Todo se ha perdido!

VERD. Pues yo pienso encontrarlo todo.

DUR. ¡Pero el secreto guía al ladrón... y nosotros no sabemos nada!

VERD. Cierto que la partida no es igual: pero, ¿quién sabe?

DUR. (*Desesperado*). ¡Dios mio! ¿Porqué me habeis hecho ver la riqueza como entre sueños? ¡Yo vivía pobre y contento, con un poco de trabajo y mucha esperanza!... ¡y olvidaba la miseria pensando en el porvenir! ¿Podré soportarla desde hoy con la

misma resignación... y recobrar la esperanza que me infundía antes valor?

VERD. Lo que hemos de recobrar es la herencia robada, ¡para vos!... ¡para Alberto!...

DUR. ¡Para Alberto!... Si yo pudiera... (*Con gran desaliento*).

VERD. ¡Intentadlo!

DUR. (*Animándose*). ¡Si: lo intentaré! ¡Quiero creeros! (*Coje el sombrero y el bastón*).

VERD. ¡Venid, amigo mío!

DUR. ¡Vamos ya! (*Deteniéndose y descubriéndose*). ¡Y quiera el cielo que el alma de Pedro Montel nos vengue!... ¡¡y nos asista!! ¡Partamos! (*Salen rápidamente y se ve á Durand cerrar la puerta por fuera mientras cae el*

TELÓN RÁPIDO



ACTO PRIMERO

EL HONORABLE SEÑOR BERNARD

Salón ricamente amueblado, en casa de Bernard. Grandes vidrieras en el fondo, donde se ve otro salón. Puertas laterales. En primer término izquierda mesa, sillas, etc. (A gusto del Director).

Al levantarse el telón aparece Lorenzo, vestido como un intendente de buena casa y sentado en un sillón. Larga pausa antes de hablar.

ESCENA PRIMERA

LORENZO, *luego* VERDIER *y* LACAYO 1.º

LOR. ¡Nada; yo no cejo! Doce años de investigaciones, no han podido quebrantar mi constancia. Poco he de poder... ó encuentro la clave de ese enigma.

VERD. Buenos dias, señor Lorenzo. ¿Por lo visto no está en casa el señor Bernard?

LOR. Ha salido para sus negocios. *(Váse el Lacayo).*

VERD. Ayer le ví en el teatro, pero no pude hablar con él. ¿Y Mercedes, la pupila del señor Bernard?

LOR. Sigue bien.

VERD. Me alegro infinito. Por si se prolonga su ausencia tened la bondad de decir al señor Bernard que he estado aquí para tratar con él de nuestra escuela gratuita... y que esta tarde volveré.

LOR. Sereis servido.

ESCENA II

Dichos y MERCEDES

MER. Acabo de saber que estábais aquí y me apresuro á venir para haceros compañía, en tanto dura la ausencia del señor Bernard.

VERD. Puesto que sois tan amable, le esperaré.

LOR. Con vuestro permiso... (*Se inclina y váse por el fondo*).

VERD. Hasta luego, señor Lorenzo.

ESCENA III

VERDIER *y* MERCEDES

MER. Parece que hoy no quereis darme el abrazo de costumbre. (*Verdier la besa en la frente*).

VERD. Aunque sean dos, hija mía! Siempre tan hermosa!

MER. Eso... no lo sé.

VERD. ¡Lo sé yo, que os estoy contemplando! Y... ¿siempre tan felíz?

MER. No lo sé!

VERD. Yo tampoco, porque para eso no basta la contemplación. Debeis sentiros menos aislada, desde que ha vuelto de Baden el bueno de Bernard.

MER. Eso sí. La casa ha recobrado su movimiento habitual... No obstante... sin saber porqué, siento cierta molestia en su presencia.

VERD. Molestia?

MER. Sí; el señor Bernard que, prodigando el bien á manos llenas está en su elemento, es, sin duda, muy bueno é indulgente para mí; pero no puedo hablarle con la franqueza y confianza que muestro tan fácilmente á vuestro lado, y... creedme: cada día siento más que no seáis vos mi tutor!

VERD. Poco antes de faltar vuestra madre, tan olvidada la pobre por su noble y rica familia, dejó en mi despacho de Ploermel, veinte mil francos para vos: era todo lo que poseía. Entonces iba á nombraros un tutor y Bernard se me presentó. Al mirarle rodeado de la estima y consideración de todos, comprendí que en sus manos vuestro pequeño capital se duplicaría facilmente, si os asociaba á sus vastas y afortunadas empresas. No me equivoqué, y vuestra dote, que seguramente habrá aumentado mucho, os permitirá encontrar un partido digno de vos. No ignoráis que vuestro tío era nada menos que el Coronel, Conde de Chateaubourg.

MER. Sé que mis parientes eran nobles y ricos; pero, en realidad, no soy más que la hija de Julieta Aubré, tendera de Ploermel. No tengo, pues, la pretensión

de hallar un buen partido. Preferiría asociar mi suerte á la de un jóven que no tuviera más fortuna que su lealtad, su valor y sus esperanzas.

VERD. ¿Habéis encontrado, acaso, alguno que merezca vuestra atención?

MER. No digo eso.

VERD. Pero no lo negáis.

MER. Lo que quisiera confesaros, no osaría confiarlo á mi tutor.

ESCENA IV

Dichos y BERNARD

VERD. ¡Querido Bernard! ¿Cómo os han probado las aguas?

BERN. Perfectamente: pero tomad asiento. (*Verdier en medio y Mercedes á su derecha*).

VERD. Durante vuestra ausencia he trabajado mucho en la organización de nuestra escuela gratuita.

BERN. A propósito. Merced á cierta combinación, creo que podremos fácilmente triplicar nuestros recursos. Pienso remitiros pronto mi nuevo plan, y juzgareis.

VERD. ¡Siempre guiado por vuestros nobles sentimientos!

BERN. El que hace el bien es más dichoso que el que lo recibe. Creo que ayer, aunque de lejos, os ví en el teatro.

VERD. En efecto: soy el más constante de todos los abonados. Por otra parte, el *Bígamo* es una producción hermosa, y sobre todo, bien representada por Filidoro.

MER. ¡Oh! ¡Qué hombre tan horrible! ¡No he dormido en toda la noche pensando en él!

BERN. Ese Filidoro tiene algún mérito... afortunadamente para él, porque su figura...

MER. ¡Es horrorosa!

VERD. Es que en el teatro, la fealdad sirve mucho para ciertos papeles, porque no se puede degollar á toda una familia con la cara del arcángel San Gabriel. Precisamente ayer pensaba ir á felicitarle.

MER. ¿Y podríais hablar con él?

VERD. ¿Por qué no? Tal vez sea el mejor de los hombres. Y el baile ¿os gustó?

MER. Sí: la primera bailarina es graciosa y tiene mérito.

VERD. Y no obstante, según aseguran, baila contra su gusto.

BERN. En efecto; por allí decían que piensa dedicarse á representar las víctimas de melodrama.

VERD. Lo que prueba que no se contenta con su suerte, cosa que sucede á media humanidad. (*Levantándose*).

BERN. ¿Nos dejáis?

VERD. Es preciso. Voy á aplazar la cita que dí á nuestros asociados, hasta la presentación de vuestro nuevo plan.

BERN. El tiempo de ponerlo en limpio, y os lo mandaré.

VERD. (*Dándole la mano*). ¡Amigo Bernard!...

BERN. Adiós, señor Verdier.

MER. Voy á acompañaros hasta la verja, si lo permite mi tutor.

BERN. Sí, hija mía. Lo permito. (*Vanse por el foro y Bernard los acompaña hasta la puerta. Luego sale furtivamente Lorenzo por la puerta derecha*).

ESCENA V

BERNARD *y* LORENZO

LOR. (*Inquieto*). ¿Y bien?

BERN. ¿Qué?

LOR. ¿El banquero?

BERN. ¡Arruinado!

LOR. ¡Voto al diablo! Y ahora ¿qué hacemos?

BERN. ¿Ya empiezas con tus jeremiadas?

LOR. ¿Es que tú no piensas tal vez?...

BERN. (*Sentándose*). Que estamos arruinados también.

LOR. ¡Maldito sea el viaje que has querido hacer á Baden!

BERN. ¿Vas á hacerme ahora responsable de nuestra mala suerte en el juego? Cuando perdí los mil luises en el rojo, ¿no me aconsejaste seguir en el mismo color?

LOR. Era lo natural.

BERN. Pues entonces, si seguí lo natural, ¿de qué te quejas?

LOR. ¿Cuánto debes sobre tu palabra?

BERN. Veinte mil francos.

LOR. ¿Y qué te queda?

BERN. La estima y la consideración de los que me creen el más virtuoso de los hombres.

LOR. ¡Pues... si esperas pagar con la consideración, estás lucido!

BERN. Pues... algo espero de ella. (*Levantándose*). Cuando hace cinco años estábamos arruinados como ahora, la confianza que supe inspirar nos sacó á flote.

LOR. Entonces tropezaste con la tutoría de Mercedes y el depósito de sus veinte mil francos, pero ahora...

BERN. Busquemos... y tal vez se presenten nuevos recursos.

LOR. Tienes razón: busquemos. ¡Y pensar que existen en una casa de Rennes, cien mil francos que son nuestros!

BERN. Sí: pero ignorando en que calle está esa casa, es una quimera pensar en ellos. Recuerda que por espacio de doce años, hemos buscado á ese Durand, á quien hubiéramos engañado arrancándole por sorpresa el final de la frase del documento! ¡la llave!... ¡el alma del secreto de los segundos cien mil francos del avaro! Piensa que Verdier buscó inútilmente la huella de ese heredero á quien estimaba... y el mismo Verdier está convencido de que ha muerto.

LOR. ¿Y con qué contamos ahora?

BERN. Con lo imprevisto.

LOR. ¿Y si tus acreedores se presentan antes que lo imprevisto?

BERN. Entonces... iremos á buscar fortuna lejos de aquí.

LOR. Pero Mercedes... tú pupila...

BERN. Es joven y no mal parecida. Se le busca un marido que se encargue de ella y en paz.

LOR. Sí: ¿pero su dote?...

BERN. La prometeré. De todos modos, aún no estamos en ese caso. Audacia, ¡vive el cielo! ¡Aplomo!... y la sonrisa en los labios. Cuando estamos arruinados, es cuando conviene hacer creer que hemos triplicado el capital. (*Mutis Lorenzo*).

ESCENA VI

BERNARD *luego* SAINT VALERY.

ST. VAL. (*Se saludan*). ¡Señor Bernard!...

BERN. (*Después de indicarle un asiento y sentarse ambos*). Estoy á vuestras órdenes.

ST. VAL. Venía á suplicaros... á vos que, según dicen, sois la

bondad misma, que me ayudéis en una indagación cuya importancia no dejaréis de apreciar.

BERN. Hablad.

St. VAL. Acabo de llegar de Inglaterra, á donde hace doce años me llevó la emigración. Allí traté al Conde de Chateaubourg... y de él precisamente vengo á hablaros.

BERN. ¿El Coronel Conde de Chateaubourg?

St. VAL. El mismo.

BERN. (El tio de Mercedes).

St. VAL. El Conde tenía una hermana que, habiendo abrazado la causa revolucionaria, contrajo un enlace desigual con un pobre labrador de Bretaña

BERN. Un labrador... Continuad.

St. VAL. El Conde mantuvo el secreto de ese enlace y cortó toda relación con su hermana y con una hija que ella tuvo de ese matrimonio. Pero, viéndose derrotado, herido y acosado por sus contrarios, esperó encontrar un asilo en la casa de su hermana. Trataba de llegar hasta ella guiado por un oficial del ejército vandeano, cuando su guía cayó muerto, á su lado, por una bala enemiga. Ya sólo, llegó milagrosamente al puerto de Saint Maló y pudo embarcarse para Inglaterra. Pero el infortunado Conde, cuya razón iba debilitándose por grados, hasta el punto de perder por completo la memoria, murió hace dos meses... dejando su fortuna colocada en la Compañía de las Indias. Esa fortuna, aumentada sin cesar con la prosperidad de esa Compañía, asciende hoy á seiscientos mil francos... y el Conde no tiene más herederos que su hermana ó su sobrina desconocida.

BERN. (Es Mercedes).

St. VAL. He vuelto á Francia para darles esa noticia: y aquí estoy, después de exponeros fielmente la situación, para pediros que me déis, si es posible, algún dato... ó tengáis la bondad de dirigirme en el cumplimiento de ese sagrado deber.

BERN. Conmovido estoy aún, ante el relato de tan interesante historia. Confiad en mí... y dejadlo todo á mí cargo.

St. VAL. Os confieso que estoy impaciente por saber... (*Levantándose*).

BERN. Comprendo vuestra impaciencia... y hasta adivino

la novela que de antemano forjais en vuestra mente.

St. Val. ¿Una novela?

Bern. Sois joven, guapo, ostentais un nombre ilustre y sois portador de una fortuna... inesperada, que pertenecerá á una joven... probablemente hermosa. Naturalmente; de la gratitud al amor no hay más que un paso... y acabáis por ser el esposo de la rica heredera del Conde.

St. Val. Es una novela que seguramente podría ser histórica... pero no es la mía.

Bern. (*Con esperanza*). ¿No?

St. Val. Además, soy bastante rico para no codiciar la fortuna de la heredera. Tampoco pienso casarme porque... una pasión violenta...

Bern. ¿Estais enamorado?

St. Val. ¡Loco!

Bern. Razón de más para casaros.

St. Val. Al contrario. No puedo enlazarme con la que adoro.

Bern. ¡Ah!... ¿Es casada?

St. Val. Es... Voy á confesároslo porque no es ningún crimen. Es una bailarina que he visto aquí, en el teatro de Rennes.

Bern. ¿Será Flora? ¿La divina Flora?

St. Val. ¡Oh, sí! ¡¡La divina!!

Bern. Pues... tenéis muchos rivales. ¿Le habeis dicho que sois marqués y rico?

St. Val. No.

Bern. Bien hecho, porque... según dicen, es una muchacha romántica que afecta un gran desprecio de las riquezas.

St. Val. ¿Será cierto?

Bern. Pero, ante todo, vamos á ocuparnos de esas interesantes herederas. ¿Dónde os podré ver para comunicaros los datos que vaya recogiendo?

St. Val. En el Hotel de Francia.

Bern. Pues allí recibireis muy pronto noticias mías. (*Tira del cordón de la campanilla*).

St. Val. No me engañaron al asegurarme que el honorable señor Bernard me dispensaría buena acogida. ¡Vuestra reputación es justa!

Bern. No alentar nunca el mal y aprovechar todas las ocasiones de servir á sus semejantes. Este es el secreto. Acompañad al señor Marqués. (*Al Lacayo*

1.º que habrá salido poco antes. Se saludan ceremoniosamente y vase Saint-Valery con el Lacayo.

ESCENA VII

BERNARD *luego* LORENZO

BERN. ¡Vive Dios! Ni en los cuentos de Hadas llega tan á tiempo el génio protector. (*Quitándose los anteojos*).

LOR. He visto salir al Marqués, y acudo para saber ..

BERN. ¡Lorenzo! Lo imprevisto ha llegado antes que los acreedores!

LOR. ¿Qué quieres decir?

BERN. ¡Oye... y asómbrate! ¡Ese marqués va buscando á una mujer joven, pobre y misteriosa; para notificarla que hereda un capital de seiscientos mil francos!

LOR. ¡Seiscientos mil francos!

BERN. Sí: empieza por abandonar ese aire melancólico... y atiende á mi plan.

LOR. Veamos.

BERN. En primer lugar, impido al Marqués que tropiece con la heredera, señalándole un derrotero falso. Mientras se pierde en él, yo me acerco á la ignorante muchacha, que comprende mi desinterés: me sacrifico... y ¡yo!...; que paso por opulento, me caso con ella. Consumado ya mi enlace, dejo penetrar un rayo de luz en el camino del Marqués extraviado, que reconoce luego en mi esposa, á la que una palabra suya debe enriquecer. Entonces, yo, el esposo, sorprendido, confuso y deslumbrado, pido á la opulenta Compañía de las Indias, los seiscientos mil francos que debe á la señora del siempre honorable Bernard.

LOR. Pero... ¿tú conoces á esa mujer?

BERN. ¡Es Mercedes!

LOR. ¡¡Mercedes!!

BERN. Precisamente, decíamos hace poco, que convenía buscarle un marido.

LOR. Pues yo, secundando tus planes he creido deber sonsacarla sobre el particular... y venía á decirte que la cosa no es tan fácil.

BERN. ¿Porqué?

LOR. ¡Porque acaba de confesar que tiene una inclinación secreta!

BERN. ¿Una inclinación, dices? ¿Quién es él?...

LOR. Ese joven pintor que le has destinado para maestro y que acaba de llegar, porque es la hora de la lección.

BERN. ¿No es aquí donde acostumbra á darla?

LOR. Aquí mismo.

BERN. (*Vivo hasta el final de la escena*). Cuando un marido suspicaz ó un rival inquieto quiere saber lo que en su ausencia se dicen los presuntos amantes ¿qué hace?

LOR. Se oculta detrás de una puerta para oir su conversación.

BERN. Pues ahora estoy en el caso de un rival muy inquieto. (*Vase Bernard*).

LOR. Despacha. Se acerca Mercedes. (*Queda oculto detrás de la puerta 1.ª izquierda*).

ESCENA VIII

LORENZO *y* MERCEDES

MER. ¿Sabéis si el señor Bernard necesitará este salón?

LOR. No, señorita, porque acaba de salir.

MER. ¿Entonces, podré tomar aquí mi lección de dibujo, como cuando estábais en Baden?

LOR. Sin ningún inconveniente, señorita.

MER. ¿Tendríais la bondad de avisar al señor Alberto, que aguarda en la antesala?

LOR. Voy á avisarle. (*Aparte*). (No perderá una palabra). (*Vase por el fondo. Mercedes trae una gran cartera de la cual saca un dibujo, colocándose junto á la mesa*).

ESCENA IX

MERCEDES *luego* ALBERTO

MER. Veamos si mi profesor queda hoy satisfecho de su discípula.

ALB. ¡Señorita! Estoy á vuestras órdenes.

MER. Aquí teneis, señor Alberto, lo que ayer dibujé. (*Pasando á la extremidad de la mesa y frente al público. Alberto queda á su derecha*).

ALB. Es el paisaje que se ve desde vuestra terraza. ¡Muy bien, señorita! La perspectiva está bien entendida; pero falta el vigor necesario en los primeros términos, para alejar más el horizonte. Si permitís, os lo indicaré. (*Se sienta donde estaba Mercedes y*

coge el lapiz). Cuanto más lejos están los objetos, tanto más ténues deben ser las sombras. (*Dibujando*).

MER. Es cierto. ¡Dichoso vos, que sabéis reproducir la naturaleza con tanta exactitud!

ALB. ¿Dichoso, decís?. .Tenéis razón: ¡el artista halla la felicidad en su trabajo!... Pero... refiriéndome á mí... la pasión que siento por el arte no consigue llenar las aspiraciones de mi corazón.

MER. ¿Porqué?

ALB. No es facil que me comprendáis, señorita, porque desconocéis los secretos tormentos de mi vida. ¿Véis cómo las sombras, enérgicamente acusadas, dan más brillo á la luz?

MER. En efecto: este dibujo adquiere en vuestras manos la vida que le faltaba. Y... ¿cuáles son, señor Alberto, vuestros misteriosos tormentos?

ALB. En primer lugar, no tengo apellido, porque no he conocido nunca á mis padres.

MER. ¿Qué decís?

ALB. Según me han contado, tenía yo tres años, cuando mi padre, que huía ó peleaba junto á una aldea de Bretaña, entró en una de sus casas y rogó al dueño, que era carpintero, que me guardara allí hasta el anochecer. La jornada fué mortífera, y mi padre no volvió por mí. Ahora, debe sombrearse el cielo, para que se confunda con las brumas del horizonte. ¿Lo véis?

MER. ¡Cuántas mujeres llevarían con orgullo ese nombre de Alberto, que, á no dudar, alcanzará algún día justa celebridad!

ALB. Vos podréis creerlo así, porque no os ciegan las preocupaciones. Además, hay otros obstáculos que me condenan al silencio. (*Levántandose*). Sabed que ya ni soy dueño de mí. ¡Pertenezco á la Francia! ¡Al Emperador!... en una palabra, señorita: ¡soy soldado!

MER. ¡Soldado, vos!

ALB. Me tocó en suerte el número 30. Mientras volvía á casa pensando en el dolor que causaría á mi hermano la noticia de mi infortunio, tuve el buen acuerdo de añadir un cero al número treinta que habian clavado en mi sombrero, según la tradicional costumbre de esa lotería de sangre. ¡El trescientos!... exclamó mi hermano al verme entrar. ¡Si

llegas á caer soldado, prosiguió, hubiera perdido la razón! ¡Al oir estas palabras, ni fuerzas tuve para desengañarle!

MER. ¿Y ese hermano tan afectuoso?...

ALB. ¡Es el actor Filidoro!

MER. ¡Filidoro!

ALB. El mismo. El que tantas veces habréis odiado desde vuestro palco. Luego supe que me destinaban al dècimo de línea, que manda el coronel Lefébre, de guarnición en Nantes. Gracias á una buena influencia, obtuve secretamente una licencia de tres meses, con la cual he podido prolongar el error de mi amado hermano.

MER. ¿Pero dentro de tres meses?... (*Con inquietud*).

ALB. ¿Quereis conocer ahora la más insensata, la más ilusoria de todas mis esperanzas?

MER. Hablad.

ALB. El Emperador, con el fin de alentar á los jóvenes artistas, que las glorias militares dejan en el olvido, abrió un concurso para un cuadro que represente á la Patria, cobijando bajo su manto á la Paz y la Prosperidad. Al mismo tiempo, declaró que el artista que alcance el premio, será nombrado director de ornato y decoración de los monumentos públicos. Desde aquel día, señorita, un culpable orgullo se ha apoderado de mí, y trabajo sin descanso para presentar mi cuadro en el concurso. Si por un milagro fuese premiado, pronto tendría lo bastante para hacerme reemplazar en el servicio y saludar de nuevo al porvenir. Pero, si ese milagro tan soñado no se realiza, mi desgracia será irreparable. (*Se oye cerrar violentamente la puerta tras de la cual se oculta Bernard. Los dos se miran sorprendidos. Pausa*). ¡Creí que entraba álguien!

MER. También me imaginé que abrian esa puerta. . y sin embargo el señor Bernard está ausente. (*Va á abrir la puerta del gabinete*). No hay nadie. (*Se abre la del foro y aparece Bernard con el sombrero puesto y bastón en mano*).

ESCENA X

Dichos, BERNARD Y LACAYO 1.º

MER. (¡Ah! ¡El es!).

BERN. (*Al Lacayo dándole bastón y sombrero*). Al señor Lorenzo que estoy de vuelta. (*Vase el Lacayo*). Señor Alberto, tengo el honor de saludaros. (*Alberto se inclina*).

MER. ¿Habiais salido?

BERN. Ya lo veis: acabo de llegar. ¿No os habeis fijado en el ruido de mi coche?

MER. No, señor.

BERN. Estariais sin duda muy ocupada en... vuestro dibujo. Permitidme que juzgue vuestros progresos. ¡Ah! Es un verdadero cuadro que honra al maestro.

ALB. Sobre todo á la discípula, señor Bernard.

BERN. (*Con bondad*). Ahora, hijos mios, dispensadme si... con harto seutimiento os despido. Aguardo á cierta persona...

ALB. Me retiro, señor. Hasta mañana, señorita.

MER. Adios, señor Alberto. (*Este se inclina y vase. Bernard contempla á Mercedes que ha puesto el dibujo en la cartera y va á entrar con ella en la segunda puerta izquierda*).

BERN. ¿Mercedes?

MER. ¿Señor?

BERN. ¿Quereis acompañarme al concierto esta noche?

MER. Estoy siempre á vuestras órdenes.

BERN. Dentro de media hora os espero aquí.

MER. Muy bien. (*Aparte*). (¡Cómo me mira!) (*Vase*).

ESCENA XI

BERNARD *luego* LORENZO

BERN. La lucha exigirá todos los resortes de la astucia y la prudencia. Examinemos las notas que he tomado detrás de aquella puerta, á fin de no omitir ningún detalle. (*Lee en el carnet.*) «El oficial que huía ó peleaba... la aldea de Bretaña... la casa del carpintero... Luego, el décimo de línea, coronel Lefé bre, guarnición Nantes»... Todo esto me servirá. (*Guarda el carnet, Sale Lorenzo por el foro*).

LOR. ¿Y bien? ¿Qué has oido? ¿Qué sabes?

BERN. Sé que hay un amor que no es facil destruir, pero que es preciso desvanecer á toda costa.

LOR. ¡Será difícil!

BERN. Hasta imposible sería, si Alberto, al hacer sus con-

fidencias á Mercedes, no me hubiese proporcionado los medios para ello.

LOR. ¿Qué has descubierto?

BERN. En primer lugar, que Alberto es soldado, que disfruta de una licencia y que su coronel es el mismo Lefébre que me ganó los mil luises en Baden.

LOR. Es casi un amigo.

BERN. Que me debe un servicio á cambio de mi dinero perdido... y quiero abusar de él. Sé donde encontrarle y le pediré que mande á Alberto que se reuna inmediatamente á su regimiento.

LOR. Muy bien. Eso nos librará de él para siempre.

BERN. ¡Eres un imbécil!

LOR ¿Yo?

BERN. Si Alberto ha obtenido una licencia, podrá facilmente lograr otra y volver aquí. Para evitarlo yo le quitaré los deseos de pedirla, aprovechando una revelación que ha hecho á Mercedes, sobre su misterioso nacimiento. ¿Sabes donde vive Alberto?

LOR. Calle de Rohan número 19, que es la posada donde vive también el actor Filidoro.

BERN. Y tambien Flora, la graciosa bailarina. Mañana iré sin falta á ver al señor Alberto y haré que me acompañe el Marqués de Saint-Valery. Allí lo dejaré en los brazos de aquella sílfide, que se encargará de volverle sordo y ciego, hasta el punto de olvidar sus indagaciones.

LOR. (*Rápido*). Muy bien.

BERN. (*Con exaltación*). ¡Y mañana, querido Lorenzo, reunión aquí; pasado mañana, paseo, concierto; luego baile, festin, teatro!... Es preciso ocupar, fascinar y absorber á Mercedes! Hoy, seré su padre, mañana, su amigo, después, su confidente y por fin su esposo!

LOR. ¿Y cuando lo seas?...

BERN. Cuando lo sea, ¡seiscientos mil francos!

LOR. ¡Seiscientos mil! ¿Y si no lo alcanzas?...

BERN. Entonces... el tribunal... ¡y la prisión por deudas! ¡Silencio! Aquí está Mercedes.

ESCENA XII

Dichos y MERCEDES

MER. ¿Estáis pronto, señor Bernard?

BERN. Precisamente decía á Lorenzo que os esperaba.

Pero vais á ir poco abrigada y hace mucho frío, hija mía.

LOR. ¡Pero mucho frío!

MER. ¡Ya lo véis: me he puesto un chal!...

BERN. Es que temo, para vos, la crudeza de la temperatura.

LOR. ¿Queréis que extienda una piel de oso en el fondo del coche?

BERN. Sí. Manda colocar tambien un brasedillo cerrado.

LOR. Voy á disponerlo todo. (*Sube al foro pero se detiene*).

BERN. ¡Permitidme, hija de mi corazón, que os coloque bien el chal.

MER. ¡Cuán bueno sois!

BERN. Apoyáos en mi brazo, y partamos. (*Mercedes toma su brazo. Sube al foro. Lorenzo se aparta para dejarles paso y se inclina rápida y profundísimamente mientras dice con codicioso júbilo:*

LOR. (¡¡Seiscientos mil francos!!)

TELÓN RAPIDO



ACTO SEGUNDO

EL TERRIBLE FILIDORO

Interior de un cuarto en las habitaciones ocupadas por Filidoro en una posada de Rennes. Es un cuarto ochavado, estilo Luis XV y enteramente ensamblado. Esta entabladura ó ensamblage está dividida en tableros que llegan, los más bajos, á la altura de la mano. En el plano cortado de la derecha, uno de esos tableros (de 50 á 60 centímetros en cuadro) ha sido arrancado viéndose vacío el sitio que ocupaba. Delante de este vacío, un caballete cubierto con una sarga verde, ocultando un cuadro pintado sobre esa tabla que falta. A la derecha del fondo un baul viejo. Algunos grabados antiguos en cuadros suspendidos en las paredes. En el plano cortado de la izquierda, uno de esos grabados con marco dorado de igual tamaño que la tabla arrancada. Puertas en el fondo y en la izquierda segundo término. En primer término del mismo lado, chimenea. Cerca de ella mesa con una servilleta sirviendo de mantel y un cubierto. Dos sillas á cada lado de la mesa. En la silla más cercana á la chimenea cuelga un par de botas amarillas, chambergas, secándose al fuego. Pequeño bufete en el plano cortado de la izquierda. Varias sillas, etc. Lo demás á gusto del Director.

ESCENA PRIMERA

FILIDORO *y* FLORA

(*Al levantarse el telón se oye dentro lo que sigue hasta que se indica la salida*).

FIL. (*Dentro*). ¿Qué hacéis aquí? ¿Escuchábais quizás?

FLO. (*Dentro*). ¡No, monseñor!

FIL. ¿Luego conocéis mi terrible secreto?

FLO. No.

FIL. ¡Lo conocéis, no hay duda!

FLO. ¡Misericordia!

FIL. ¡No habrá compasión para tí!

FLO. (*Apareciendo ya*). ¡Ah! ¡Huyamos!

FIL. (*Saliendo en su persecución*). ¡Nadie te librará de mi furor! Pero ¿por qué quieres huir de quién te ama?

FLO. (*Indignada*). ¡Amarme vos!

FIL. ¡Más que á mi existencia!

FLO. (*Casi maquinalmente*). ¡Horror!

FIL. (*Con naturalidad*). Horror... horror... dices eso como quien diría: muy buenas tardes. Vamos á ver; otra vez, hija. Expresa bien el asombro y el espanto. (*Con voz teatral*). Pero ¿por qué quieres huir de quien te ama?

FLO. ¡Amarme vos!

FIL. ¡Más que á mi existencia!

FLO. Me parece oler á quemado.

FIL. Iba á decírtelo. Será el café que rebosa. Ve á sacarlo, hija mía, mientras acabo de poner la mesa. (*Flora va á la chimenea y saca un pucherito y una cafetera, mientras Filidoro coloca el pan, la manteca y la azucarera, que están sobre el bufete*). Ahora tomaremos el café con leche. ¿Quieres?

FLO. Prefiero café solo.

FIL. Eso es lo que te desata los nérvios. (*Sirviendo*).

FLO. ¿Y Alberto, no viene á almorzar?

FIL. No. ¿Sabes que el Emperador llega mañana á Rennes, de paso para Saint Maló?

FLO. Lo he leido en el diario.

(*Filidoro pone manteca en algunas rebanaditas de pan, que coloca delante de Flora*).

FIL. Ayer supo Alberto que el capitán de Grandpré, que debe preceder á Su Magestad, pasará esta mañana á dos leguas de aquí. El capitán es muy rico, muy aficionado á la pintura y protege á Alberto. Por eso se ha levantado temprano, y ha marchado para saludarle á su paso. Pero eso te interesa poco: hablemos de tí. Pues, como decíamos, haces muy bien en estudiar el arte dramático. Verdad es que eres una bailarina superior; los aplausos lo confirman cada noche; pero la bailarina, imágen de la mariposa, solo tiene, como ella, una estación para volar; mientras que la actriz tiene el presente y el porvenir.

FLO. ¡Y sobre todo, la bailarina no puede hacer llorar!... ¡Ya sabéis que, hacer llorar es mi anhelo! ¡Mi

sueño dorado! Por eso os compadezco; porque hacéis siempre los papeles de traidor.

FIL. ¿Qué quieres? Mi físico me condena á ellos... Pero tú, Flora, á quien la naturaleza ha favorecido tanto, representarás la interesante virtud á las mil maravillas.

FLO. Así lo espero.

FIL. Sigamos con la escena que habíamos empezado. Recuerda que, cuando Gandolfo te amenaza con un puñal, debes lanzar uno de esos gritos estridentes que tanto conmueven al auditorio.

FLO. ¿Un grito? Es imposible: no sé gritar.

FIL. ¿Que no?

FLO. Pero podría sustituirlo con un... ¡Cielos! ó un... ¡Gran Dios!

FIL. No, porque rebaja el efecto. Es, como si dijéramos... ¡un chillido!

FLO. Nada: ¡no puedo!... ¡No sé chillar! ¡Hay mujeres que tienen el grito facil: yo no! ¡Aunque me maten!

FIL. ¿Y tú quieres ser dama joven? Con que no sabes, ¿eh? Pues yo te aseguro que sabrás gritar... y chillar... y...

FLO. ¡Imposible! Es la única facultad que me falta.

FIL. No lo creo.

FLO. Pues es positivo.

FIL. ¿Quién diablos anda por entre mis piés? ¡Mira! ¡Mira!... ¡¡Es un ratón!!

FLO. (*Levantándose espantada*). ¡Un ratón!

FIL. ¡Cuidado! ¡Lo tienes debajo de tus faldas!

FLO. (*Dando un chillido y subiéndose encima del baul*). ¡¡Ah!!

FIL. ¡Ja, ja! ¿Lo ves? ¿Ves como sabes chillar?

FLO. Es verdad.

FIL. Y muy bien por cierto.

FLO. Es la primera vez de mi vida que...

FIL. Y no será la última. Vuelve á soltarlo para que no se te olvide. (*Igual que antes. Entra por el foro un mozo de la posada*).

FLO. ¡¡Ah!!

MOZO. ¿Qué pasa? ¿Quién se mata por aquí?

FIL. ¿Te ha parecido eso verdad?

MOZO. ¡Me había figurado que extrangulaban á una mujer!

FIL. Ya ves hija mía, si tu grito ha salido natural.

MOZO. Entonces... ¿no ha pasado nada?

FIL. Al contrario muchacho: ¡hacemos progresos!

MOZO. Venía á deciros que un abonado del teatro desea veros.

FIL. ¿Un abonado? (A esos hay que recibirlos siempre). Que pase.

FLO. Voy á estudiar y luego á vestirme. Adiós, Filidoro. (*Vase por el foro*).

FIL. ¡Hasta luego!... Y antes de salir pásate por aquí.

ESCENA II

FILIDORO, *luego* VERDIER

FIL. ¿Qué podrá querer ese abonado? Llega en el momento con que justamente comenzaba á almorzar... solo he tomado un sorbo de café... En fin; lo dejaremos para después. Aquí está.

(*Sale Verdier y se detiene en la puerta*).

Tened la bondad de pasar.

VERD. Espero, señor Filidoro, que disculparéis lo intempestivo de mi visita, en favor del objeto que la motiva.

FIL. Hacedme la merced de sentaros y perdonad si os recibo así. ¡Estaba tan ageno... al honor... pero... qué veo! ¡El señor Verdier!

VERD. ¿Me conocéis?

FIL. Y vos á mí.

VERD. ¿Yo?

FIL. Miradme bien.

VERD. (*Abrazándole con efusión*). ¡Andrés!... ¡Andrés Durand!

FIL. Y hoy Filidoro.

VERD. ¿Es posible? ¡Aquel bandido!... ¡aquel bígamo!... ¡aquel asesino!...

FIL. Soy yo. Hoy Filidoro... y siempre Andrés Durand.

VERD. Pero decidme: durante los doce años que os he buscado sin cesar, ¿qué ha sido de vos?

FIL. Cuando fuí despojado, doce años há, de la herencia de Montel, recordaréis que cuantos pasos dimos ambos fueron estériles y perdimos toda esperanza de recobrarla.

VERD. Sí: á pesar del concurso de la policía... y de aquel dato oscuro y enigmático: Rohan, n.° 19.

FIL. Vos regresásteis á Ploermel y yo me dediqué al teatro. Después de dos fracasos en provincias, debidos á mi físico, el mismo público me señaló los

papeles que no exigían belleza. Tuve luego la desgracia de alcanzar un éxito inmenso en un papel de bandido, y ese éxito fatal decidió de mi suerte, condenándome para siempre á los papeles de traidor. En los diez años que desempeño esa parte, he representado todos los ladrones y asesinos que han llegado á la celebridad. He hecho traición á los monarcas, he matado á mis padres, degollado á mis hijos, ahorcado á mis esposas, incendiado castillos y robado miles de millones, todo por la cantidad de dos mil francos anuales.

VERD. Y por cierto, amigo Durand, que en esos papeles, mostráis un talento digno de mejor suerte.

FIL. ¡Cómo ha de ser! ¡El público es el gran Juez! ¡Eso sí: no me quejo de mi suerte! Mientras el público limitaba mis aspiraciones, el destino abría ante mí, una senda gloriosa para Alberto.

VERD. En efecto: ese muchacho...

FIL. Por él vivo y para él ambiciono la gloria que yo no alcanzaré jamás. Ya sabréis que el Emperador ha abierto un concurso para un cuadro...

VERD. Representando la patria, la prosperidad y la paz. Lo sé.

FIL. Desde que Alberto lo supo, empleó todos sus momentos en el ensayo de mil diversas concepciones hasta que un día, sintiéndose inspirado, dibujó en una tabla medio arrancada de ese ensamblage, la idea que se desarrollaba en su mente. Puedo ensañároslo, porque he arrancado ese trozo de la entabladura. (*Va al caballete, levanta la sarga y descubre un bosquejo vigoroso del cuadro descrito*)

VERD. ¡Es una composición, poética, valiente y original! ¡Teníais razón al augurar á Alberto un brillante porvenir!

FIL. ¡Pensad que aún no ha cumplido veintiun años!

VERD. ¿Y cómo diablos habéis arrancado esa tabla?

FIL. Para eso, la casualidad me ha servido á la perfección. Me disponía á aserrar la tabla, cuando noté que habia sido arrancada ya, y pegada otra vez en su sitio con almáciga de igual color que la madera. No hice más que deshacer aquel engrudo y hoy la tabla es el bosquejo que veis.

VERD. Pero... el propietario, ¿qué dirá?

FIL. Otra tabla en su lugar: ya sabéis que soy carpinte-

ro. Ahora, señor Verdier, hablemos de vos. ¿Sois felíz?

VERD. He pasado mis trabajos, hijo mío, y hoy vivo modestamente en el campo. Soy Juez de paz de mi reducido cantón y al decíroslo, recuerdo que es hora de dejaros y marchar, porque el carruaje no espera á nadie. Con todo, confío en ver á menudo al hombre de bien en su casa y al malvado en el teatro.

FIL. Precisamente esta noche degüello á mi bienhechor y pego fuego á un castillo.

VERD. Pues tendré un verdadero placer en asistir á ese par de crímenes. ¡Hasta la noche, amigo mío! (*Vase por el foro*).

FIL. ¡Adiós, señor Verdier!

ESCENA III

FILIDORO *luego el* MOZO

FIL. ¡Con cuánto placer he vuelto á verle! Pero con todo eso, el café se me ha enfriado. Veamos si es posible que almuerce hoy.

MOZO. Dos señores que vienen para que les deis lecciones de hacer comedias.

FIL. No es posible. He de repasar mi papel y ensayarlo á las dos.

MOZO. Aquí teneis la tarjeta que uno de ellos me ha dado para vos. Voy á decirles que vuelvan mañana.

FIL. ¡El señor Bernard! Espera. (¡El tutor de Mercedes! Las lecciones serán para algún recomendado que le acompaña). Que pasen y que esperen un momento. (Voy á vestirme). (*Se va por la izquierda*).

MOZO. Podéis pasar. El señor Filidoro saldrá al instante. (*Vase por el foro*).

ESCENA IV

BERNARD, SAINT-VALERY *y luego* FILIDORO

BERN. Pues quedamos así, señor Marqués. Sabemos que la romántica Flora toma aquí sus lecciones de declamación.

ST. VAL. Y vos me haréis pasar por un amante del arte que quiere ser discípulo de Filidoro. Poco despues tomo mis lecciones junto con ella...

BERN. Y lo demás es cuenta vuestra. ¡Ahora solo falta que yo pueda ó sepa mentir!

St. VAL. Haced un esfuerzo.

BERN. Para el hombre que siempre ha dicho la verdad, debe ser muy difícil. Aquí está. (*Ambos saludan á Filidoro que sale vestido de calle*). Señor Filidoro, valiéndome de las relaciones que tengo con el señor Alberto, profesor de dibujo de...

FIL. ¡Ah! ¿Con que vos sois el tutor de la señorita que... Tengo una viva satisfacción... pero tomad asiento, señores. (*Se sientan. El Marqués en medio*).

BERN. Accediendo á sus vivas instancias he acompañado al señor Arturo, quien no pudiendo resistir á su vocación de artista, viene á solicitar vuestras lecciones para brillar algún día en la escena.

FIL. ¡Brillar! ¡Esa es la aspiración de todos! ¡No quiero desalentaros... y ya que estáis decidido á...

St. VAL. Muy decidido.

FIL. Voy á someteros á un exámen preliminar.

St. VAL. Estoy á vuestras órdenes.

FIL. Levantaos. Buen talle... mirada viva... Decidme: ¿tenéis aplomo?... ¿serenidad?...

St. VAL. ¡Me sobra!

FIL. ¿Entusiasmo?

St. VAL. ¡Siempre!

FIL. ¿Sentimiento?

St. VAL. ¡Muchísimo!

FIL. ¿Qué parte quereis desempeñar?

St. VAL. Galán jóven.

FIL. Es natural; también la escogí yo, pero... ¿Y cuándo queréis empezar las lecciones?

St. VAL. Hoy mismo, si es posible.

FIL. Pues á las cuatro, después de mi ensayo.

St. VAL. No faltaré.

FIL. ¿Conocéis algún fragmento escogido de?...

St. VAL. Esta noche me aprendí de memoria la escena final del «Castillo maldito».

FIL. ¡Oh! ¡Oh! jóven, hay que sembrar antes de recojer. Empezaréis con algo más facil y más elemental. Venid conmigo y buscaremos en mi biblioteca,

St. VAL. ¡Sobre todo un papel de enamorado!

FIL. Lo será... y Dios quiera que no sepáis por experiencia que una frente más ó menos despejada, una nariz más ó menos larga y una pantorrilla

bien ó mal contorneada, hacen ó deshacen la fortuna de un actor. Venid conmigo. (*Entra seguido del Marqués que hace un signo de inteligencia á Bernard*).

ESCENA V

BERNARD *y luego* FLORA

BERN. ¡Bravo! El Marqués ha penetrado en la plaza y no tardará en encontrarse con Flora, que se encargará de hacerle olvidar á la rica heredera. Mercedes debe leer á estas horas mi primera declaración de amor. Solo me falta destruir las pretensiones de Alberto. ¿Quièn viene? ¡Ah! Es Flora. (*Sale ricamente vestida*).

FLO. (*Con marcado disgusto*). ¡Ah!... ¿Vos por aquí?

BERN. ¿Os sorprende mi presencia?

FLO. ¿Habréis venido, como siempre, á importunarme con vuestro amor?

BERN. No Flora. ¡Harto sufro con ese persistente desdén!

FLO. ¿Ha salido Filidoro?

BERN. Está en su cuarto con el teniente Arturo: otra infortunada víctima de vuestros seductores encantos.

FLO. No conozco á esa nueva víctima.

BERN. Hijo del amor; ¡abandonado por sus padres, sus lauros militares le consolaban en su aislamiento, cuando tuvo la desgracia de veros bailar el paso de «La Sirena»!... y desde entonces, reposo, gloria, porvenir... todo lo ha olvidado. Creo que se ha vuelto loco, porque no alienta más que para esa absurda pasión.

FLO. Pues... ¡no me parece tan absurda como decís!

BERN. Silencio. Ahí vienen.

ESCENA VI

Dichos, FILIDORO *y* SAINT-VALERY

FLO. (*Aparte*). (¡Ah! ¡Es un buen mozo!)

FIL. Aprended bien ese papel. ¿Eres tú, Flora?

St. VAL. (¡Flora!)

FIL. (*Con emoción al verla*). ¡Qué miro! Estás hecha una duquesa. ¿Vas á ensayar con ese traje?

FLO. Es que quiero lucirlo, tomando el camino màs largo para ir al ensayo.

FIL. Entonces no pierdas tiempo.

FLO. Me voy. (*Aparte á Filidoro*). (¿Quién es ese joven?).

FIL. (*Id. á Flora).* (Un nuevo discípulo).

FLO. (¿Huérfano?)

FIL. (No sé).

FLO. (¿Militar?)

(*Durante estos apartes hablan el Marqués y Bernard*).

FIL. (Lo ignoro).

FLO. (Parece que está enamorado).

FIL. (¿Le conoces?)

FLO. (No). (*Alto*). Hasta luego. (*Se dirige al foro*).

FIL. Y procura que los pasos de punta no te hagan olvidar el melodrama.

FLO. Descuidad. Ahora que tengo el chillido... ¡ah!!!...

ST. VAL. ¡Cielos! ¿Qué tenéis, señorita?

FIL. Nada, amigo mío. Es un simple ejercicio.

FLO. Adios, señores. (*Vase Flora con Filidoro que la acompaña*).

ESCENA VII

BERNARD, SAINT-VALERY *y luego* FILIDORO

BERN. Ahora seguid á Flora y procurad entablar conversación con ella.

ST. VAL. Así lo haré. (*Tomando su sombrero*).

FIL. (*Saliendo*). Estoy á vuestra disposición.

ST. VAL. Hasta después, señor Filidoro.

FIL. ¿Os váis?

ST. VAL. Sí. A estudiar el papel y á entregarme á esa pasión que me ha inspirado la... ¡el teatro! ¡Adios! (*Vase corriendo*).

FIL. Tiene vocación. No hay duda.

BERN. (*Aparte*). Os doy gracias por la buena acogida que dispensáis á mi amigo Arturo.

FIL. La que habéis otorgado á Alberto, merece más que mi gratitud.

ESCENA VIII

Dichos y ALBERTO

ALB. ¡Señor Bernard!... perdonad mi tardanza.

BERN. Estaba en muy buena compañía.

FIL. ¿Has visto al capitán?

ALB. Sí: me ha dado un mensaje para un amigo suyo que habita en Rennes y ha prometido continuarme su protección.

FIL. Muy bien. Sé que tenéis que hablar; yo tengo ensayo, y os dejo. Lo que siento es no haber podido almorzar... ¡en fin! comeré con más apetito. ¡Señor Bernard!... (*Se inclina y sale*).

ESCENA IX

BERNARD *y* ALBERTO

ALB. Impaciente estoy, señor, por saber en qué puedo serviros.

BERN. Voy á decíroslo. Mi pupila Mercedes va á cumplir veinte años. Si, por desgracia, un matrimonio la alejase de mí, quisiera ofrecerla al separarnos, un retrato del tutor que ha cuidado de su juventud, y pensado en su porvenir... y ese retrato lo espero de vos.

ALB. Muy dichoso seré si logro satisfaceros. Desde mañana estoy á vuestras órdenes.

BERN. Gracias mil... y hasta mañana. (*Va á salir*).

ALB. Y ella... ¿os ha manifestado deseos de casarse?

BERN. (*Aparte*). (¡El mismo cae en la red!). Aún no, por fortuna.

ALB. ¿Y si ella encontrase un hombre capaz de labrar su felicidad?

BERN. Si Mercedes lo aceptara, lo admitiría también, siempre y cuando me probase que pertenece á una familia digna.

ALB. Y... ¿si no tuviese familia?

BERN. Buena ó mala todo el mundo la tiene.

ALB. No siempre. En este país de Bretaña, han sucumbido, víctimas de las guerras civiles, muchos desgraciados, dejando hijos que no han sabido jamás el nombre de sus padres. Esos niños, hoy hombres, son muy dignos de compasión.

BERN. (*Aparte*). (¡Ya es mío!). (*Alto*). Sí... y no: porque hay casos en que es ventajoso no conocer á sus padres.

ALB. No os comprendo.

BERN. Lo digo porque nuestra conversación me recuerda una historia que viene de molde para probaros mi aserto. Cuando mis intereses comerciales me llamaron á Tolón, entre los presidiarios que en los

trabajos del puerto tuve ocasión de ver, distinguí á uno que hablaba con acento bretón marcadísimo. Al socorrerle, le pregunté sobre su vida pasada... y me contó que había dejado ó, como él decía, olvidado un hijo en alguna parte. He aquí lo que me refirió... pero tal vez estoy abusando de vuestra atención.

ALB. Al contrario: continuad, señor.

BERN. Sigo, pues. Ese miserable, perseguido por robo, huía con su hijo que contaba entonces tres años. Llegó al corazón de la Bretaña, donde, junto á Ploermel, se libraba una batalla, confiando, á favor del desórden, despistar á sus perseguidores, para lo cual trató primero de abandonar al niño. Con el fin de realizar su pensamiento, se detuvo en una pequeña aldea no muy lejana de Ploermel.

ALB. ¿Y esa aldea se llamaba?..

BERN. No me lo dijo. Mientras se dirigía á la iglesia para depositar á la inocente criatura, se encontró al paso una puerta abierta. Era la de la casita de un pobre carpintero.

ALB. (*Aparte con terror*). (¡Dios mío!)

BERN. Entró en ella fingiendo ser uno de los combatientes y dejó el niño, prometiendo ir á recogerlo al anochecer. Luego procuró perderse en la refriega; pero los perseguidores alcanzaron al malhechor y maniatado lo condujeron ante el Tribunal de Nantes, que le condenó á veinte años de cadena.

ALB. ¿Hace mucho tiempo?...

BERN. Diez y ocho años.

ALB. ¿Y no sabéis el nombre de la aldea?

BERN. Debe ser Gourhel... San Claudio... ó San Servando.
(*Movimiento de Alberto*).
El hijo del presidiario probablemente habrá muerto ó estará en las Indias... mejor para él si es así: porque... si por un azar yo llegára á conocerle, creed que no le haría un gran favor diciéndole: Si quieres saber el nombre de tu padre, consulta los registros de los presidios y entonces sabrás quien eres.
(*Alberto enjuga el sudor de su frente. Bernard finge no verlo*).
Pero... ¿qué os pasa? ¿Os sentís mal?

ALB. En efecto... experimento un malestar... debido tal vez á la fatiga...

BERN. ¡Oh! No me perdono el haberos molestado cuando lo que necesitáis es un poco de reposo. Me retiro. (*Aparte*). Mañana mandaré á preguntar por vuestra salud y esperaré vuestras órdenes para empezar el retrato. ¡Adiós!... y ¡descansad, amigo mío! (*Vase por el foro*).

ESCENA X

ALBERTO

ALB. ¡Mi padre existe, sufre una condena infamante!... y ¡el único hombre á quien no podría ocultarlo, es el tutor de Mercedes! (*Con desesperación*). ¡Oh! ¡maldigo la existencia! ¡Quisiera morir! (*Cae sobre una silla; pero se levanta como impulsado por un resorte á la voz de Filidoro*).

ESCENA XI

ALBERTO *y* FILIDORO

FIL. (*Agitado y con un papel en la mano*). ¡Dime Alberto!

ALB. (*Reponiéndose*). ¡Ah! ¿Eres tú?

FIL. ¡Pero estás pálido... agitado!... ¿Qué te pasa?

ALB. No es nada. ¿Por qué has dejado el ensayo?

FIL. Porque acaban de entregarme esta hoja de ruta, llamando á su regimiento al soldado Alberto.

ALB. ¡Cómo!

FIL. No debe ser cosa tuya, puesto que sacaste el número trescientos. ¡Es un error de nombre que hay que rectificar en el acto!

ALB. ¡Si mi licencia debía durar aún dos meses!

FIL. ¿Tú licencia?

ALB. ¿No adivinaste que te había engañado, aplazando la fatal noticia?...

FIL. Engañado, ¿dices?

ALB. ¿Y que estaba aquí, gracias á una licencia que debo á la generosa protección del capitán de Grandpré?

FIL. ¿Es posible? ¿Ese Alberto... eres tú? ¡Tú, soldado!

ALB. ¡Sí, hermano mío!

FIL. ¿Y vas á partir?... ¿á abandonarme?...

ALB. ¡Es forzoso! (*Guardándose la hoja*).

FIL. ¡Pero tu porvenir!...

ALB. ¡Destruido para siempre!

FIL. ¡Y no poder redimirte! ¡Nada tengo!... ¡Oh! ¡maldito sea el infame ladrón que me robó la herencia de Montel!

ALB. ¡Sí el dinero no me salvaría! ¡Si tú no conoces toda la extensión de mi infortunio!

FIL. ¿Qué quieres decir?

ALB. Un hombre... un fugitivo... me depositó en la casa del padre Durand, ¿no es cierto?

FIL. Sí.

ALB. ¿Y jamás se ha oido hablar de mi padre?

FIL. Jamás.

ALB. Pues bien: yo sé donde está.

FIL. ¿Dónde?

ALB. ¡En el presidio de Tolón!

FIL. ¡Gran Dios!

ALB. El señor Bernard, ignorando el daño que me hacía, acaba de decírmelo. ¡Dios mío!... ¿por qué me ocultaste el oprobio de mi nacimiento? Hoy no pediría ¡pobre desheredado!... mi parte de glorias y felicidades en la tierra, ni hubiera preparado este trabajo para luchar con... ¡Oh! ¡no! puesto que todo se desploma en derredor, no quiero que subsista esa muestra de mi presunción y mis locas esperanzas! (*Lucha consiguiente*).

FIL. ¡Alberto!

ALB. ¡Quiero destruirla!

FIL. ¡Hermano!

ALB. ¡Quiero que sucumba conmigo!

FIL. ¡¡Insensato!!

ST. VAL. ¿Llamábais, señor Filidoro? (*A la voz de Saint Valery cae Alberto postrado en una silla*).

ESCENA XII

Dichos SAINT-VALERY

FIL. ¡Ah! ¡Llegad y ayudadme á calmar el delirio de mi pobre hermano!

ST. VAL. ¡Señor Alberto! ¿Queréis que llame á un médico?

ALB. ¡No, gracias, señor! ¡La ciencia no podría devolverme mi vida de artista, ni mi libertad!

FIL. ¡Es soldado!

ALB. ¡Y debo agregarme á mi bandera, so pena de ser fusilado como desertor! ¡Pero yo sabré buscar una muerte más gloriosa!

FIL. ¡Morir!... ¿Y tu pobre hermano? (*Llorando*).

ALB. ¡Tú!... ¡Oh! ¡perdóname hermano mío! ¡El dolor me extravía! ¡No! no tengo derecho para disponer de una vida que tú has conservado á fuerza de abnegación y sacrificios!

FIL. ¡Quizás no dure mucho tiempo nuestra separación! Corro al teatro donde me esperan. ¡Prométeme que no partirás sin que me veas!

ALB. Te lo prometo. Entretranto, cumpliré el encargo que me ha dado el capitán de Grandpré...

St. VAL. (¿El capitán?...)

ALB. Y nos veremos aquí.

FIL. Pues hasta luego: vuelvo pronto. (¿Qué inventaré yo, Dios mío, para librarle?) (*Vase por el foro*).

ESCENA XIII

ALBERTO *y* SAINT-VALERY

St. VAL. ¿El capitán de Grandpré os ha confiado un mensaje?

ALB. Sí, señor. ¿Le conocéis?

St. VAL. Desde la infancia. ¿Y ese mensaje es para el Marqués de Saint-Valery?

ALB. Que vive en el hotel de Francia. Voy ahora mismo...

St. VAL. No os molestéis porque yo sé que está ausente. (¡Diablo! ¿Qué hago yo ahora?)

ALB. ¿Sabéis dónde podría encontrarle?

St. VAL. (*Pausa*). Señor Alberto, creo firmemente que sois un hombre de honor... y quisiera haceros una confidencia.

ALB. (*Se inclina*). Hablad.

St. VAL. El Marqués, á quien buscáis, soy yo.

ALB. ¡Vos!

St. VAL. Vais á comprender lo extraño de la situación. Amo á Flora. He tomado el nombre de un Arturo desheredado, para fijar su atención en mí y gracias á esa impostura, puedo ya presentarle mis respetos todos los días. Si dudáis de mi sinceridad, ahí tenéis el pasaporte con el cual he vuelto á mi patria. (*Va á sacarlo de una cartera*).

ALB. Es innecesario. Os creo, señor Marqués. Ahí tenéis la carta del capitán.

St. VAL. Gracias... y en cuanto pueda seros útil, disponed de mí.

ALB. Pues... os ruego que anunciéis mi partida á Filidoro: siento que me faltaría valor para volver á verle antes de mi marcha.

St. VAL. Cumpliré ese triste deber.

ALB. Ahora es preciso que destruya un retrato que hice de memoria. Ese retrato podría comprometer á la joven que yo amaba y que ha de ser esposa de otro. (*Se dirige á la izquierda*).

St. VAL. ¡Esperad! ¡Tal vez os arrepentiríais, si una circunstancia imprevista os librara del servicio!

ALB. ¡Aún así, no puede ser mía!

St. VAL. En ese caso, nada tengo que oponer. (*Alberto se va por la izquierda*).

ESCENA XIV

SAINT-VALÉRY *luego* FILIDORO *después* ALBERTO

St. VAL. Debo respetar su secreto. (*Abriendo la carta*). Veamos el inesperado mensaje del capitán. ¿Qué tendrá que decirme? (*Abriendo la carta*). ¡Hum!... Es cuestión de los herederos del Conde de Chateaubourg y me facilita un dato precioso. Sí: debemos buscarla en Ploermel. Lo notificaré al señor Bernard.

(*Entra Filidoro muy abatido).*

(¡Filidoro!... Y Alberto que aún está aquí!)

FIL. (*Al reparar en el Marqués*). ¡Ah! ¿Donde está Alberto?

St. VAL. Ha partido.

FIL. ¡Para Nantes!

St. VAL. Sí.

FIL. ¡Pero debió esperarme!

St. VAL. Me ha encargado deciros que os queria evitar una dolorosa despedida.

FIL. ¡Ha partido! Al menos no tendré el profundo pesar de darle la mala noticia.

St. VAL. ¿Cuál?

FIL. La guerra está declarada y el ejército del Norte entra en campaña.

St. VAL. Lo sé.

FIL. ¡Mi pobre Alberto puede morir lejos de la patria! (*Música suave en la orquesta. Se dirige con las lágrimas en los ojos hacia la pintura de Alberto. La levanta y va á sentarse junto á la mesa sobre la cual la coloca, contemplándola otra vez y devoran-*

do sus lágrimas. Sale Alberto y se detiene ante un gesto del Marqués que le señala á Filidoro).

ALB. (¡Contempla mi pintura! ¡Pobre hermano mío!) (*Alberto se dirige de puntillas hacia el foro, se detiene, hace un movimiento como para ir hacia Filidoro, pero el Marqués le detiene. Alberto se resigna, envía un beso á Filidoro y vase ahogando el llanto*).

St. VAL. (¡Partió al fin!)

(*Cierra la puerta con precaución. Filidoro se levanta, va llevando tristemente el cuadro hacia el caballete y en el momento de colocarlo cambia de pensamiento, volviendo el cuadro al revés para no verlo ya. En este momento cesa la música y Saint-Valery se dirige al fondo*).

ESCENA XV

FILIDORO, SAINT VALERY *y* BERNARD

BERN. Buenas tardes, señores.

St. VAL. ¡Señor Bernard!

BERN. No he querido pasar por la calle de Rohan sin subir y saber si el profesor está contento del discípulo.

St. VAL. Hemos aplazado la primera lección. (¿Sabéis que Alberto es soldado?)

BERN. (¡Qué decís! ¡Pobre joven!)

(*Saint-Valery le hace una seña para que hable alto*).

St. VAL. (*Alto*). Hoy debía ir á vuestra casa para manifestaros que tengo datos precisos sobre las herederas...

BERN. (*Inquieto*). ¡Cómo!

St. VAL. Y voy, si el señor Filidoro lo permite, á comunicároslos en su presencia, puesto que evocando sus recuerdos, puede darnos luz.

FIL. (*Baja tristemente al proscenio*). ¿Mis recuerdos?

St. VAL. ¿No me habéis dicho mientras revolvíamos vuestra biblioteca, que habíais pasado vuestra juventud en Bretaña?

FIL. Sí: y la abandoné en 1804.

St. VAL. ¿Oísteis hablar, hace ya muchos años, de una noble señora que contrajo matrimonio con un labrador?

FIL. ¿En el cantón de Ploermel?

St. VAL. Precisamente.

FIL. Hace veinte años era la novela que corría de boca en boca. Decían que se había casado con un pobre campesino, que era su hermano de leche... que le había salvado la vida...

ST. VAL. Eso es. ¿Sabéis el nombre del campesino?

FIL. No lo supe jamás.

BERN. (¡Respiro!) Es que en esa época, verificáronse muchos enlaces desiguales y nada prueba...

ST. VAL. ¡Al contrario! Todo prueba que se trataba del de la hermana del Conde. Os convenceréis con esta carta que acabo de recibir. (*Leyendo*). «Amigo mío: He hallado entre los papeles de uno de mis parientes, una carta escrita hace diez y ocho años por el Conde de Chateaubourg, fechada en Saint Maló y en vísperas de salir para Inglaterra. Esta carta decía que después de haber andado errantes toda la noche por el cantón de Ploermel, él y un oficial llamado Alberto Jarvis, que se había ofrecido á guiarle, llegaron á una pequeña aldea que distaba dos leguas de la casa de la hermana del Conde.» Ya lo véis: habitaba en el cantón de Ploermel

BERN. Pues... allí la buscaremos.

ST. VAL. (*Leyendo*). «El infortunado Jarvis, su guía, que después murió á su lado, tuvo la prudencia de depositar su hijo en dicha aldea y en la casa de un carpintero llamado Durand...»

FIL. ¡¡Mi padre!!

BERN. ¡¡Vuestro padre!!

FIL. ¡Sí: mi padre que vivía en San Servando, cantón de Ploermel! ¡Y Alberto es el niño depositado que mi padre prohijó. Os lo puedo probar!

BERN. ¿Pero ese nombre de Durand?...

FIL. ¡Es el mío! ¡Andrés Durand, hoy Filidoro!

BERN. (¡El!)

FIL. ¡Y el pobre Alberto que se cree hijo de un presidiario!

ST. VAL. ¡De un presidiario!

FIL. ¡Oh, no! ¡Pobre hermano mío! ¡Ah! ¡Quiero destruir el error que le mata! ¡Corro á alcanzarle!... ¡No! Es imposible. Estoy anunciado para esta noche.

BERN. Pero ¿no decían que ese Andrés Durand había heredado la fortuna de un viejo avaro?

FIL. Sí: la de Pedro Montel.

BERN. ¿No decían también que ese Andrés había desaparecido, persiguiendo á un hombre que le robó el secreto del lugar ó lugares donde estaban ocultas aquellas riquezas?

FIL. ¡Sí: el miserable sabía que Montel cosió el documento que los designaba, entre el forro de una chaqueta mía... y me lo robó! Aquí mismo puedo mostraros la prueba. (*Saca del baul su chaqueta del prólogo*). Mirad: esa es mi chaqueta cortada por el ladrón... y aquí... (*Sacando la tira del forro*). Estas palabras que no acertó á llevarse. (*Leyendo*). «Rohan número 19, los preciosos billetes de Banco».

BERN. «Rohan número 19». En efecto, dice eso.

St. VAL. «Rohan número 19, los preciosos billetes de Banco». (*Examinándolo también*).

BERN. (¡Oh! La codiciada frase!)

FIL. ¡Adios, señores! Parto para Nantes. (*Llega hasta el foro)*. ¡Pero no! ¡Imposible!... ¡Dios mío! ¡Si estoy anunciado esta noche!

St. VAL. Puede que Alberto esté aún en Rennes. Si pudiera alcanzarle...

BERN. (Y dice el final del documento: Finalmente te trasladarás á Rennes, en el piso segundo de una casa situada en la calle de... Rohan número 19.

(*Toman los sombreros*).

FIL. ¿Os váis, señores?

St. VAL. Sí: para ocuparnos de la heredera del Conde.

BERN. Confiad en mí, ya que gracias al Sr. Filidoro, estoy perfectamente enterado.

St. VAL. ¡Hasta luego, señor Filidoro!

BERN. Hasta luego. (*Vanse*).

ESCENA XVI

FILIDORO

(*Música en la orquesta en sordina*).

FIL. ¡Por fin: ya estoy solo! *(Corre hacia la pintura, la vuelve á colocar de frente, la contempla con orgullo satisfecho y repentinamente cambia la expresión de su cara)*. ¡Pero no. No debo alegrarme aún, Alberto es soldado! ¡La guerra va á estallar!... ¡Puede morir!... ¡Dios mío y no poder redimirle! (*Pausa*). ¡Ah! ¡Qué gran idea! ¡El Emperador pa-

sará mañana por la ciudad! Si yo me colocara á su paso mostrándole la pintura de Alberto y le dijera: ¡Señor! ¡Soldados necesitáis para aprisionar la victoria; pero necesitáis también poetas para cantar vuestras glorias y pintores para eternizarlas!... ¡Oh, sí! ¡Me atendería á no dudar! Entonces buscaría á Alberto para decirle: ¡No desprecies la vida! ¡Tu padre fué un hombre honrado! ¡Levanta la cabeza y bendice al Emperador!... ¡Sí! Quiero intentarlo; pero es preciso que adorne el cuadro dándole un marco. Precisamente ese, tiene la medida aproximada... (*Señalando el del plano ochavado de la izquierda*). A ver: ¿dónde están mis herramientas? ¡Ah! Ya recuerdo; cayeron detrás del ensamblaje al arrancar esa tabla. (*Mete la mano por entre la pared y la madera, en el sitio donde falta la tabla*). Sí; aquí están las tenazas... el martillo... ¡Qué es esto? (*Después de sacar las herramientas, saca un paquete lleno de polvo envuelto en un viejo periódico. Lo sacude y lee el título*). ¡Cuánto polvo! «Gaceta nacional. Seis Brumario. Año VIII». Mucho ha llovido desde entonces: ¿Será algún libro viejo?... No: ¡Es una cartera! ¡Papeles de familia tal vez!... Veamos: «Banco de Francia». ¡Son billetes! ¡Otro! ¡Otro!... ¡Más y más! ¡Dios mío! ¡Esto es un tesoro! (*Corre á echar el cerrojo del foro y baja al proscenio diciendo con un hilo de voz:*) ¡¡Es un tesoro!! (*Llaman fuertemente á la puerta y para en seco la orquesta*). ¿Quién será? ¡No, yo no abro! (*Repiten los golpes*).

ALB. (*Dentro*). ¡Soy yo, Filidoro! ¡Soy yo!

FIL. ¡La voz de Alberto! (*Escóndese la cartera en el pecho, abróchase la levita y va á abrir*).

ESCENA XVII

FILIDORO *y* ALBERTO

FIL. ¿Estabas aún en Rennes?

ALB. Sí: acabo de encontrar al Marq... al señor Arturo.

FIL. Entonces debes saber...

ALB. Que mi nombre es Jarvis, que mi padre murió salvando á un emigrado... y vuelvo para compartir contigo la alegría... la emoción...

FIL. También quiero compartir algo contigo. ¡Ante todo cierra la puerta!

ALB. ¿Qué es ello?

FIL. ¿Cuánto necesitas para hacerte reemplazar en el ejército?

ALB. ¡Una cantidad inabordable! Cuatro mil francos. ¿Porqué?

FIL. Aquí están. ¡Uno, dos, tres... y cuatro! (*Hojeando en la cartera y dándole billetes.*) Corre y vuelve libre y triunfante para pedir la mano de tu Mercedes, ya que hoy puedes ofrecerla un nombre honrado.

(*Alberto guarda los billetes*).

ALB. ¡Y yo que acabo de contarle mi infortunio!

FIL. ¡Pues hay que tranquilizarla en el acto!

ALB. ¿Sí... pero de qué modo?

FIL. Siéntate y escribe. (*Deja la cartera sobre la mesa, de modo que el público no pierda este detalle. Toma papel y tintero de encima de la chimenea, la coloca en la mesa y dicta á Alberto*). «Señorita Mercedes, Filidoro, mi hermano, acaba de hallar un tesoro, oculto desde hace mucho tiempo. Mañana lo entregará á las autoridades, reservándose unicamente lo preciso para redimirme del servicio. Conozco también el nombre de mi padre»... y nada más. Firma y escribe las señas. (*Llama por el fondo al mozo*). ¡Pablo! Esta carta á la señorita Mercedes.

ALB. Plaza de San Andrés, 4.

MOZO. Muy bien.

ALB. Y vuelve pronto.

FIL. ¡Ya no nos separaremos y podrás pintar tu cuadro para el concurso!

ESCENA XVIII

Dichos FLORA *y* SAINT-VALERY

FLO. (*Con explosión*). ¡Bendito sea Dios! ¡Ni se ha muerto de repente, ni se ha suicidado!

FIL. ¡Gracias, Flora!

FLO. ¡Pero desdichado! ¡Son las seis!

FIL. (*Aturdido*). ¡Cómo!

FLO. ¡El público ocupa sus localidades y la sinfonía va á empezar!

FIL. ¡Y yo que aparezco el primero! ¡Estoy deshonrado! ¡perdido! (*Corre como un loco por la escena*).

FLO. ¡Aún no! ¡Tenéis diez minutos!

FIL. ¡Necesito doce para vestirme!

FLO. Pronto, abajo tenemos un coche.

FIL. ¡Vamos! ¡Y yo sin almorzar... y sin comer!... ¡Ah! ¡mi espada! (*Subiendo al foro y bajando. Alberto que antes ha ido por la espada, se la entrega. Vuelve Filidoro al fondo y baja otra vez*). ¡Mi peluca! (*El mismo juego*). ¡Mis carnes!

ALB. Vete; yo me encargo de todo. (*Entra por la izquierda*).

ST. VAL. (*Empujándolo*). ¡Partamos!

FLO. ¿Olvidáis algo?

FIL. ¡No!... ¡Ah, sí! ¡Mis botas chambergas! (*Las coje y echa á correr olvidando en su extremada agitación, la cartera que queda sobre la mesa. Al salir se encuentra cara á cara con Lorenzo que llega agitado*).

LOR. ¿El señor Bernard, está aquí?

FIL. No lo sé. ¡No tengo más que diez minutos! (*Sale escapado con Flora y Saint-Valery, y aparece Alberto con la malla encarnada que dobla para colocársela bajo el brazo.*)

LOR. ¡Señor Alberto! ¿Sabéis si ha venido?...

ALB. ¡No sé nada! ¡No tenemos más que diez minutos! (*Vase corriendo*).

ESCENA XIX

LORENZO *y luego* BERNARD

LOR. ¡Mucha prisa deben tener! Pero... ¿cómo Bernard no está aùn aquí? Le he visto entrar en la casa... ¿Dónde estará? ¡Ah! ¡El es! (*Al verle le dá una carta*). Ante todo, una carta de Alberto á Mercedes que acabo de interceptar.

BERN. ¿Otra vez? (*Tomándola y guardándosela*).

LOR. He visitado el número 19, y no hay una entabladura en toda la casa.

BERN. ¡Esta posada tenía el número 19 antes de las nuevas construcciones, y el dueño, á quien acabo de interrogar, me ha dicho que este cuarto fué habitado hace muchos años por un viejo avaro llamado Pedro Montel!

LOR. Entonces, detrás de esa entabladura... (*Con esperanza*).

BERN. Se oculta la preciosa cartera con los cien mil francos. Filidoro representa esta noche; hasta las doce

estará prisionero en el teatro... y por lo tanto el campo es nuestro! (*Entra Alberto agitado*). ¡Magnífico! (Alberto aquí!).

ALB. ¡Perdonad, señores! ¡Mi hermano ha olvidado por aquí una cartera... Ah! (*Viéndola y cogiéndola*).

BERN. ¿Una cartera? (*Sorprendido*).

ALB. ¡¡Que contiene un tesoro!!

LOS DOS. (*Como presintiendo algo*). ¡Un tesoro!

ALB. ¡¡Un tesoro!! ¡Adiós, señores! (*Vase corriendo. Los dos se miran atónitos y hacen un esfuerzo como para sacudir un letargo. En este momento reparan en la brecha de la entabladura y comprén dese la situación. Todo muy rápido*).

BERN. ¡Ira del cielo!

LOR. ¡¡Nos han robado!! (*Cae abatido en una silla*).

TELÓN RÁPIDO



ACTO TERCERO

EL CUARTO DEL ACTOR

La escena no debe tener más que dos cajas de fondo. Una sola puerta en el foro, que dá á un corredor. A la derecha primer término una estufa cuyo tubo se pierde en un cristal de una ventanilla alta, en la pared de la misma derecha. Encima de la estufa una peluca sobre un pié, una botella de vino, un vaso con su plato y una azucarera. En el fondo y detrás de la estufa, un canapé usado. Sobre el canapé y en la pared, perchas con trajes de teatro. En el fondo izquierda, armario con perchas y trajes. En el primer término de la pared de la izquierda un tocador con un par de candeleros, unas despabiladeras y todo lo necesario para pintarse. Este tocador tendrá un cajoncito con llave. Más allá del tocador un pequeño lavabo. Más trajes sobre alguna silla. Sombreros y armas colgando. Delante del tocador un sillón viejo. Otros objetos que indica el diálogo. El Director puede cambiar á su gusto esta distribución en los muebles, si para mayor efecto lo juzga conveniente.

ESCENA PRIMERA

SAINT VALERY *y* BALTASAR

(*Al levantarse el telón, Baltasar, ayudante de sastrería del teatro está tendido sobre el canapé. Este personaje no puede pronunciar las* **erres,** *pero debe cuidar que esa pronunciación no resulte exagerada, ni haga reir en ciertos momentos dramáticos).*

(*Saint-Valery entra por el foro*).

St. Val. ¡Ah! ¿El señor Filidoro no está en su cuarto?

Balt. Está en escena. (*Sin molestarse*).

St. Val. Le diréis que he venido á pedirle el colorete para Flora.

Balt. Pelo yo no os conozco.

St. Val. Decidle que soy el señor Arturo. (*Toma del tocador el bote del colorete y vase*).

ESCENA II

BALTASAR *luego* FILIDORO

BALT. ¡Altulo!... ¡Altulo!... Nómble con qué cuble su incógnito. Voy á dolmil atlo poquito.

FIL. (*Saliendo por el foro vestido como los bandidos del antiguo melodrama; malla encarnada, botas amarillas, etc. Va derecho al tocador, coje las despabiladeras y arregla las luces*). ¡Baltasar!

BALT. ¿Señol?

FIL. ¿Duermes aún?

BALT. No señol. Dolmitaba nada más. (*Levantándose*).

FIL. A Dios gracias, llegué á tiempo.

BALT. Pelo muy justito; lo cual no ha impedido que os hayan dado vuestlo aplauso acostumblado en la implecación.

FIL. ¡Mi buen Baltasar! ¿Me has oido?

BALT. Tanto que pol poco me cogéis las nalices, al celal violentamente la puelta desde donde os admilaba.

FIL. El nuevo galán joven estaba completamente emocionado.

BALT. ¡Y qué malo es el galán joven! ¿Qué es eso? ¿Lleváis el collalin loto?

FIL. El barba que siempre me rompe algo cuando lo precipito en el torrente.

BALT. ¡Qué poco vale ese balba!

FIL. ¡Hombre! ¡para tí todos son detestables! ¡Bueno debes ponerme cuando vuelvo la espalda!

BALT. No: ¡á fé de Baltasal! Lo que digo es que, si hubiela justicia, estaliais en Palís.

FIL. Mira y dime á qué altura está la representación.

BALT. Voy (*Vase por el fondo dejando la puerta abierta*).

FIL. (*Cerrando la puerta y colocando la mano en el pecho*). Esta cartera, aunque me molesta, no se separa de mí. Ardo en deseos de ver si contiene algún indicio...

BALT. El galán joven ha dado ya el puntapié al calactelístico. (*Se queda en el corredor*).

FIL. ¿Ya? No tengo tiempo: la guardaré bajo llave y la examinaré durante el entreacto. ¡Es particular! Siento una debilidad... Aquí hay vino. (*Destapa la botella, echa vino en el vaso, junto con un terrón de azúcar y lo remueve con una cucharita*). Esto me animará.

BALT. Ya tocan la tlompeta.

FIL. Sí, se acerca mi salida. Toma este sable; quiero ensayar mis cuatro golpes para el desafío en que mato al senescal y á su paje.
(*Baltasar toma un sable y marca los cuatro golpes con sus quites. Filidoro canturrea al mismo tiempo*).
Bueno: no se me olvidarán. (*Vase por el foro espada en mano*).

ESCENA III

BALTASAR *luego* VERDIER

BALT. (*Blandiendo el sable*). ¡Oh, sí! Sin las camalillas, también sablía matal senescales con pajes y todo. ¡Pelo yo no soy intligante! ¡Hola! no se ha bebido el vino. Es palticulal: he comido bien y sin embalgo tengo también debilidad. (*Remueve el azúcar con la punta del sable, apura el vaso y se echa sobre el canapé*). Ahola descansemos.

VERD. (*Aparece en la puerta con cierta timidez y repara en Baltasar)*. Perdonad, señor; ¿es este el cuarto del señor Filidoro?

BALT. (*Sin moverse*). Está en escena.

VERD. Si me lo permitiéseis, señor, le aguardaría.

BALT. Pol mí... como quelais. El señol Filidolo volvelá tan plonto como haya matado al senescal. (*Se incorpora y se tiende*).

VERD. Muy bien.

BALT. Y á su paje. (*El mismo juego*).

VERD. Mil gracias. Cuando entro en el cuarto de un actor, siento un no sé qué... que me rejuvenece y me recuerda... (*Viendo por el espejo entrar á Filidoro*). (¡Ah! ¡El es!)

ESCENA IV

Dichos y FILIDORO

FIL. (*Entrando con el cabello descompuesto, un gran desórden en el traje y espada en mano*). ¡Oh! ¡señor Verdier! ¡Qué agradable sorpresa!

VERD. Me ha entusiasmado tanto el terror que habéis sabido inspirar en vuestras primeras escenas, que no he podido menos de venir á felicitaros.

FIL. ¡No merezco... pero sentaos!... ¡Baltasar!

BALT. (*Incorporándose*). ¿Eh? Allá voy.

FIL. ¿Cómo es eso? ¿Ocupas el sofá y dejas al señor en pié?

BALT. (*Dejando el sofá*). No sabía que el señol... ela un señol... (Creí que ela un ácleedol).

FIL. Sentáos y con vuestro permiso iré cambiando el traje.

VERD. No faltaba más que por mí... (*Se sienta*).

FIL. Toma, Baltasar. Guarda todo eso. (*Le dá el sombrero y la espada que Baltasar recoje. Filidoro se sienta en la butaca frente al público*). Hoy siento una gran debilidad. Baltasar, dame el vaso de vino.

BALT. ¿El vino con azucal? ¡Si os lo habéis bebido! (*Con aplomo*).

FIL. ¿Yo?

BALT. Antes del desafío.

FIL. ¿Antes de?...

BALT. Si señol.

FIL. Pues no siento el menor alivio.

BALT. ¿Me necesitáis?

FIL. Ahora no.

BALT. Entonces voy á peinal al plimel actol.

FIL. No te olvides de avisarme para la salida. Ya ves que estoy con un amigo. (*Imitándole*). ¡Cole, mi leal Baltasal!

BALT. ¡Voy! (¡Leal, leal,!... Palece que él tampoco se pliva de plodigal las eles!).

ESCENA V

VERDIER *y* FILIDORO

FIL. (*Quitándose un bigotazo y poniéndose polvos ó blanquete*). Mi buen señor Verdier, deseaba conocer vuestra opinión sobre un hecho que acaba de ocurrir. Se dice que un buen hombre... pobre por cierto, al recojer sus trastos para cambiar de habitación, ha tropezado con un tesoro.

VERD. ¿Un tesoro?

FIL. Sí, una cartera repleta de billetes de banco. Como yo no conozco las leyes, desearía saber qué derechos tiene ese hombre sobre su hallazgo.

VERD. Según un artículo del código Napoleón, todo hallazgo de esa especie, cuya propiedad nadie justifica, la mitad pertenece á quién lo descubrió, y la otra mitad al dueño del sitio ó local donde estaba oculto.

FIL. ¿De modo, que una mitad corresponde?...

VERD. A quién lo encontró.

(*Durante este diálogo se ha quitado la ropilla de bandido y se ha puesto una de noble con su ferreruelo de luces, colocado de antemano en la ropilla*).

¿Había en la cartera algún escrito indicando su origen ó destino?

FIL. Aún no se sabe; pero se dice que ese hombre tiene la intención de sacar de la cartera la suma necesaria para redimir del servicio á un hermano suyo que es soldado... y entregar á las autoridades el resto del tesoro, que se hubiera podido quedar. (*Se pone un birrete con plumas*).

VERD. Si tal hace tendrá la aprobación de todo el mundo. ¡Qué metamórfosis!

FIL. ¡Ah, sí! Ahora me visto como el galán para penetrar en la galería del castillo, apostar mis hombres antes de la llegada de los viajeros... y entregarme á la venganza y al exterminio hasta el final del drama.

VERD. Comprendo.

FIL. Pues... sabed que pienso igual que vos, respecto al hombre del tesoro.

VERD. No me sorprende.

FIL. Y ya que estamos de acuerdo, voy á entrar en nuevos detalles.

VERD. Hablad.

ESCENA VI

Los mismos y BALTASAR.

BALT. Han empezado el segundo acto.

FIL. Bien. No salgo hasta la escena cuarta.

VERD. Pues yo quiero verlo todo, para conocer el argumento.

FIL. Entonces, apresuráos. Baltasar; guía al señor. ¿Volveréis?

VERD. Sí. Antes de acabar la obra.

FIL. Pues hasta luego.

(*Vanse Verdier y Baltasar*).

ESCENA VII

FILIDORO *y luego* BERNARD

FIL. Ahora que estoy solo, voy á examinar la cartera. ¡Es singular! ¡No veo claro! ¿Será la debilidad? Voy á echarme al cuerpo otro vaso de vino. (*Mientras vierte el vino en el vaso entra Bernard apresuradamente*).

BERN. ¡Ah! ¡señor Filidoro! ¡Por fin os encuentro!

FIL. ¡Señor Bernard!

BERN. ¡Perdonadme si penetro así en vuestro cuarto, pero acabo de dejar una atribulada familia que aprecio mucho... y vengo á pediros para ella la salvación!

FIL. ¿A mí?

BERN. ¡Señor Filidoro! El infeliz amigo que acabo de dejar sumido en la mayor desesperación, era hijo de un hombre que, apasionado por el juego, perdió en una noche toda su fortuna. El jugador, ocultando su ruina, fingió un viaje y se encerró en el cuarto de una posada. Allí fabricó billetes de banco falsos y la policía lo detuvo por sospechas, pero supo ocultar tan bien los billetes fabricados y borrar las huellas de su criminal industria, que después de unos días de prevención, fué puesto en libertad.

FIL. Seguid.

BERN. Ese desgraciado murió: pero en el delirio de la fiebre, momentos antes de su fin, había confesado á su hijo, que ocultó en el cuarto misterioso un legajo de billetes falsos, que no pudo retirar á tiempo, encargándole que los destruyera para reposo de su alma.

FIL. ¡Ah! ¡Obró muy cuerdamente!

BERN. Ese hijo, cumpliendo aquel sagrado deber, registró el cuarto inutilmente. Pasaron veinte años y todo cayó en olvido; pero hace una hora mi amigo tuvo conocimiento de una carta que se ha encontrado abierta en la puerta del teatro y que revelaba que vos, señor Filidoro, habéis hallado en el cuarto que habitó su padre, los billetes falsos que el pobre buscó tanto tiempo infructuosamente.

FIL. ¡Cómo! Los billetes que acabo de encontrar...... ¿Decís que son falsos?

BERN. ¡Más bajo por favor! Cuando el hijo de mi amigo

hubo leido esas palabras: «Mi hermano Filidoro va á entregar el hallazgo á las autoridades...»

FIL. (¡La carta que dicté á Alberto!)

BERN ¡Me rogó que diera ese paso que puede salvarle y evita un grave peligro para vos!

FIL. ¡Es imposible ya! Tengo un hermano que es soldado y acabo de darle cuatro de esos billetes, para redimirse del servicio!

BERN. ¡Qué horror! Ese desdichado va á perderse, comprometiendo al mismo tiempo vuestro honor.

FIL. ¡Oh! ¡Pobre Alberto!

ESCENA VIII

Dichos y BALTASAR

BALT. ¡Señol Filidolo, plevenido!

FIL. ¿Quién? ¡Yo!

BALT. Sí: pala el ataque de la diligencia.

FIL. Ah, sí. La escena cuarta.

BALT. ¡Aplesuláos! El capitán ha hecho ya mutis.

FIL. ¡Pronto: mis pistolas!... ¡Las cuerdas para que mi gente sugete á los viajeros!

(Baltasar se lo da todo).

¡Oh! ¡Pobre hermano mío! (*Vase desesperado, seguido de Baltasar que se lleva el traje de bandido*).

ESCENA IX

BERNARD *luego* BALTASAR *y* SAINT-VALERY

BERN. Bien hice en no perder tiempo. ¡Parece imposible tanta credulidad! El resultado es que puedo estar tranquilo, puesto que se guardará muy bien de mostrar los billetes. Basta por hoy. (*Vase saludando á Baltasar*).

BALT. ¡Qué veo! Filidolo ha dejado de bebel su vino pol segunda vez! (*Lo apura*). ¡Es tan distlaido!... (*Sale Saint Valery*).

ST. VAL. ¿Conocéis al señor que acaba de salir de aquí? (*Dejando el colorete que se llevó, en el tocador*).

BALT. No le había visto nunca. (*Comiéndose un terrón de azúcar y sentándose en el canapé*).

ST. VAL. (¡Me ha parecido reconocer al señor Bernard!)

ESCENA X

Dichos y FLORA

FLO. (*En traje de bailarina que puede ser una bonita zíngara*). ¡Os buscaba, Arturo!

St. VAL. He venido á devolver el colorete al señor Filidoro. ¡Qué hermosa estáis así!

FLO. ¿Lindo traje, verdad?

St. VAL. ¡Adorable! ¡Encantador!... Y si me atreviera á deciros todo... lo que... (*Reparando en Baltasar que lo mira*).

BALT. (A este Altulo le da labia que yo esté aquí).

St. VAL. (*Cambiando de tono*). ¿Con que me buscábais, señorita?

FLO. Para daros una buena noticia.

St. VAL. ¿De veras?

(*Baltasar arregla los objetos del tocador*).

FLO. Ah, sí. Pigoret hace aquí los papeles secundarios. Esta noche debía leer al final de la obra, la sentencia del condenado; pero tiene una ronquera atroz.

St. VAL. Lo siento por él.

FLO. Y yo me alegro por vos.

St. VAL. ¿Porqué?

FLO. Porque os he propuesto al Director que no sabía á quien encomendar ese papel.

St. VAL. (*Asustado*). ¿Me habéis propuesto?

FLO. Y estáis aceptado. Ahora os preparan el traje y esta noche debutáis. ¡Qué fortuna para vos!

St. VAL. ¡Sí, sí! (¡Vaya una fortuna!)

BALT. (Otlo intligante. ¡La escala de las mujeles!)

St. VAL. Pero. . ¡yo no sé la sentencia!

BALT. Pues yo la sé de memolia.

FLO. ¡Eh! ¡Déjame en paz!

BALT. (¡Lo de siemple! ¡Las camalillas!)

FLO. Es cuestión de leerla y nada más.

St. VAL. Pero yo no he salido nunca ante el público... y la emoción... el miedo me paralizaría...

FLO. ¡Miedo!... ¿Y habéis estado en Wagram?

St. VAL. Ciertamente, pero... ¡un campo de batalla no es tan temible!

FLO. Un soldado no debe conocer el miedo. Apresuráos: el sastre os espera para probar.

St. VAL. ¡El sastre! (¡Dónde diablos me he metido!) Voy á buscarle... y á decirle que... (*Al marcharse se encuentra con Filidoro*).

ESCENA XI

Dichos y FILIDORO

FIL. ¡Arturo! ¡Amigo...! no sé si ha sido una visión; pero me ha parecido ver en la galería de primer piso á un joven... y he creido reconocer á Alberto.

St. VAL. Era él. Le he visto también.

FIL. ¡Os lo suplico!... id y decidle que necesito verle aquí, sin falta.

St. VAL. Descuidad. (*Filidoro cae abatido en su sillón. Flora detiene á Saint-Valery*).

FLO. Y diréis al director que puede contar con vos.

St. VAL. No: le diré que no estoy decidido á... Pero ante todo voy á buscar á Alberto. (*Vase corriendo*).

BALT. ¡También la hubiela leido yo la sentencia!

FLO. ¡Me atacas los nervios! ¡Vete!

FIL. Sí; puedes marcharte.

BALT. ¿Y vuestlo peinado pala el festín?

FIL. Me peinaré solo. Vete.

BALT. (Hum! ¡Quielen quedalse solos y alejan á Altulo!) Me vòy. (*Con intención y marchándose*).

ESCENA XII

FILIDORO *y* FLORA

FLO. ¿Estáis muy fatigado?

FIL. ¡Hecho pedazos, hija mía! ¡Creo que me vuelvo loco!

FLO. Reponéos un poco.

FIL. Si no es posible. Ahora tengo que matar á los escuderos del Conde. No tendré sosiego hasta que bailes tu paso. Me harás un gran favor, si procuras que te lo hagan repetir.

FLO. Lo intentaré.

FIL. Luego tengo que asistir á la orgía y vestirme de peregrino para incendiar el castillo.

FLO. Aquí está Alberto. (*Viéndole salir*).

FIL. ¡Ah!

ESCENA XIII

Dichos y ALBERTO

FLO. ¿Ha vuelto Arturo con vos?

ALB. Me acaba de dejar para decirle al director que está muy ronco.

FLO. No es verdad.
FIL. ¡Es capaz de dejarnos en la estacada!
FLO. Nada temáis. Voy á arreglar este asunto. Se me ha metido en la cabeza que ha de leer la sentencia... y la leerá. (*Vase deprisa*).

ESCENA XIV

FILIDORO *y* ALBERTO

FIL. (¡Cómo decirle!...)
ALB. Esperaba el entreacto para participarte que Mercedes no ha recibido mi carta, pero he logrado verla... y su resolución me prueba que soy correspondido.
FIL. ¿Si?
ALB. ¡Maldice al señor Bernard que la asedia! Quiere retirarse á la casa del señor Verdier que lo aprueba y la ofrece un asilo donde pueda esperar mi libertad.
FIL. (¡Pobre Alberto!).
ALB. ¿Para qué me has llamado? ¿Has descubierto algo en la cartera?
FIL. Sí... y conozco bien el origen de los billetes. ¿Tienes aún los que te entregué?
ALB. Sí; mira. (*Los saca del bolsillo*).
FIL. Veamos. (¡Ya son míos!). (*Va á guardarlos en el cajón del tocador.*
ALB. ¿Qué haces?
FIL. ¡Ay, hermano mío! ¡Oyeme y ten valor!
ALB. ¿Qué quieres decir?
FIL. ¡Que estos billetes lejos de serte útiles, podrían ser tu perdición!
ALB. ¿Porqué?
FIL. ¡Porque son el fruto de un crimen! ¡La obra de un falsificador!
ALB. ¡Dios mío!

ESCENA XV

Dichos y BALTASAR

BALT. Va á comenzal el último acto.
FIL. ¡Y yo empiezo con la escena de la orgía! Mi laud y mi copa de oro.
(*Se lo da Baltasar*).
¿Cómo es posible que pueda yo cantar la canción

de Baco y el Amor?... ¡No voy á poder! ¡Ven conmigo, Baltasar! (*Vanse*).

ESCENA XVI

ALBERTO *y luego* BALTASAR

ALB. ¡Un crimen! ¡Oh! ¡Con razón dudaba de mi felicidad! Pero ¿cómo ha podido descubrirlo Filidoro? Quisiera esperarle para saberlo; pero ¡es imposible! ¡Mercedes está en un error puesto que me cree libre y salvado!... ¡Y si durante mi ausencia, se alejara ella con el señor Verdier, dando lugar á un escándalo que nuestro matrimonio no podría explicar ni reparar más tarde!... ¡No! No debo dejarla ni un instante en la ignorancia de lo que nos sucede. Si el cielo quiere que la pierda, verá al menos que no he querido mentir.

BALT. (*Cargado de trajes*). Buenas noches, señol Albelto.

ALB. ¡Adios, Baltasar! (*Vase*).

ESCENA XVII

BALTASAR *luego* FILIDORO

BAL. Colguemos aquí el vestido de peleglino. Aquí el somblelo. Aquí el bastón... Y ahola... (*Se dirige á la estufa para coger el vaso que está vacío*). ¡Ah! Esta vez se ha acoldado de bebel-lo. Y yo con este dolol de estómago que no me deja palal.

FIL. (*Dejándose caer en el canapé*). Estoy muerto de fatiga... enfermo... y voy á reposar durante el baile de Flora. Avísame cinco minutos antes de mi salida.

BAL. Está muy bien. (*Vase*).

ESCENA XVIII

FILIDORO

FIL. ¡Ah! Gracias á Dios el público no ha notado ni la pena que me mata, ni la fiebre que me devora. ¡Los billetes falsos!... ¡Falsos, no puedo dudarlo puesto que me lo advierte el bondadoso señor Bernard! Por lo tanto nada desagradable puede ocurrirnos ya, con respecto á Alberto. Y mañana... ¡Oh! ¡No desisto de mi plan! Mañana saldré al paso del Emperador y... ¡No sé lo que me pasa!

¡Densa niebla turba mi vista! ¡Un frío de muerte invade mis venas... y Baltasar que me deja sin fuego! Voy á encenderlo: por fortuna hay leña y debo tener por ahí algún periódico inútil... No: nada. (*Llega al cajón del tocador*). ¡Nada más que la cartera maldita! ¡Esos billetes!... ¡Oh, sí! ¡Debo destruirlos! ¡Al fuego! ¡Y cuando ya no quede rastro de esa mentida fortuna, podré decir al hijo misterioso, que esas cenizas no revelarán jamás el crimen de su padre! (*Después de sacar de la cartera el paquete y meterlo en la chimenea coje un candelabro*). Encendamos todo eso, á ver si sus llamas lograrán reanimarme. ¿Qué es esto? ¿Una carta? (*Saca una carta de entre los billetes, deja el candelero y avanza hacia el proscenio temblando de frío*). ¿Una carta abierta y sin sobrescrito? (*Leyendo*). «Mi querido Andrés Durand.» ¡Mi nombre! «Ahora que según mis instrucciones, has debido encontrar los cuarenta mil francos en escudos de seis libras en la granja de los Estanques...» Pero ¿quién ha escrito esto? (*Vuelve la página y ve la firma*). ¡¡«Pedro Montel»!! (*Leyendo con frenesí las últimas líneas*). ¡Hum!... «en una cartera encarnada, cien mil francos en billetes de banco!» ¡Si es mi herencia! (*Corre á la estufa, coje los billetes, los amasa como una bola y los encaja en la cartera que guarda en el pecho*). ¡Si el destino no coloca esta carta bajo mi mano, lo pierdo todo!

ESCENA XIX

FILIDORO *y* BALTASAR

BALT. ¿Estáis plepalado?

FIL. ¿Eres tú?

BALT. Solo faltan cinco minutos.

FIL. ¡Sí... Bueno! ¿Dónde están ahora? (*Agitado*).

BALT. En la escena del peleglino.

FIL. Sí... sí... venga el hábito. (*Mientras se viste*). ¡Luego el señor Bernard, al decirme que eran la obra de un falsario, ha mentido!

BALT. ¿Quién ha mentido?

FIL. ¡Nadie, mi buen Baltasar! ¡Siempre fiel! ¡Si algún día llego á ser rico, me acordaré de tí!

BALT. ¡Ojalá!

FIL. ¡La barba!... ¡El sombrero!...

BALT. ¿Pol lo visto, ya estáis bueno? (*Dándoselo todo*).

FIL. No. El dolor de estómago persiste; pero no importa. ¡El bastón!

(*Baltasar se lo entrega*).

¡Ríete, hombre, ríete! ¡Pareces un enterrador! ¡Ah! No te olvides de la sangre para la escena del combate.

BALT. Os la tlaelé en una taza.

FIL. ¡La alegría me galvaniza! ¡Alégrate, vive Dios, y ríe como yo! ¡Voy á cometer un crimen más y vuelvo! (*Vase alegremente*).

ESCENA XX

BALTASAR, VERDIER *y* MERCEDES

BALT. ¡Qué alegle está! ¡Si selá el vinillo! ¿No lo dige? ¡La botella está vacía! Y tiene fama de sóblio.

VERD. Llegad, señorita, y no os arrepintáis de haber tenido valor para acompañarme. Entrad.

MER. ¿Porqué he de arrepentirme, si estoy bajo vuestro amparo... y esa explicación que venimos á solicitar del señor Filidoro, decidirá de mi porvenir?

VERD. ¡Quién sabe!

BALT. (¡Otla que quiele debutal!...) Si queléis que avise al señol Filidolo...

VERD. Gracias. Alberto que acaba de dejarnos lo habrá hecho ya. (*Vase Baltasar*).

ESCENA XXI

VERDIER, MERCEDES, FILIDORO *y* ALBERTO

VERD. Podéis estar tranquila. Bernard cree que estamos en el salón de descanso. Me habéis otorgado vuestra confianza...

MER. Cómo si fuéseis mi padre.

VERD. Y os prometo hacer todo lo imaginable para que seáis la mujer de Alberto Jarvis. Entreveo un plan... pero es inútil hablar de él mientras no hayamos resuelto el problema del tesoro. Quiero cerciorarme...

MER. Viene gente.

VERD. Serán ellos.

FIL. (*Entrando con Alberto y saludando con profundo respeto á Mercedes, que retrocede espantada al ver sangre en su rostro*). ¡Hénos aquí, señorita! ¡Oh!

nada temáis: esta sangre no es más que pintura. Es la herida que recibo al incendiar el castillo. Cuestión de toalla y en paz. (*Se la quita en el lavabo*). ¡Ah! ¡Hijos míos! ¡Tengo buenas noticias!

VERD. ¿Buenas noticias?

ALB. Sí, señor Verdier. Filidoro ha encontrado un documento en la cartera, que pone el tesoro á su disposición.

VERD. ¿Pero esos billetes?

FIL. Constituyen la mitad de la herencia de Pedro Montel.

VERD. ¿Qué decís?

FIL. Ved sinó la carta que ha dormido tantos años, junto con los bienaventurados billetes.

VERD. (*Leyéndola*). «Mi querido Andrés Durand: Ahora que según mis instrucciones, has debido encontrar los cuarenta mil francos en escudos de seis libras en la Granja de los Estanques»...

MER. ¿De los Estanques?

FIL. ¿Habéis estado en ella?

MER. La visité muchas veces, cuando la habitaba Lorenzo, el Intendente del señor Bernard.

VERD. (*Leyendo*). «Sesenta mil francos en luises de oro en el molino de Meruel»...

MER. ¿El molino de Meruel?

FIL. Como que pertenecía al señor Bernard.

VERD. En efecto.

FIL. (*Sospechando algo*). ¡Qué rara coincidencia!

VERD. (*Leyendo*). «Debes hallar también detrás de una tabla muy facil de distinguir, en el ensamblage de mi cuarto en Rennes, calle de Rohan, número 10, los preciosos»... ¡Era en Rennes!

FIL. ¡Y nosotros buscábamos en Rohan!

ALB. ¿Entonces porqué me hablaste de la obra de un falsario?

FIL. ¡Porque antes de leer esa carta, álguien ha venido aquí mismo á decirme que estos billetes son falsos! Que un criminal ocultó...

ALB. ¿Quién ha dicho eso?

FIL. Váis á saberlo... pero no: esa revelación nos llevaría muy lejos y yo me debo al público.

ESCENA XXII

Dichos, BALTASAR *de verdugo con un hacha enorme y* SAINT-VALERY *de toga, bonete y collarín ó golilla blanca.*

BALT. Saldlemos pol aquel bastidol con el condenado.

FIL. ¡Pronto, Baltasar! La peluca del reo y las cadenas.

ALB. (*Reconociendo á Saint-Valery*). ¡Cómo! ¿Sois vos?

St. VAL. (*Confuso*). ¡Creo que sí!...

ALB. ¿Y habéis consentido?...

St. VAL. No me quedaba otro medio, so pena de descubrir mi incógnito.

ALB. Y habéis preferido...

St. VAL. Leer la sentencia.

ALB. ¡Os felicito por vuestro valor!

St. VAL. El amor todo lo puede.

ALB. ¿Y Flora?

St. VAL. Se está vistiendo á toda prisa, para admirarme desde la orquesta.

FIL. (*Con la peluca rapada y las manos encadenadas.*) Veamos como estáis vestido, señor Arturo.

St. VAL. Mirad.

FIL. ¡Bravo! ¡Echad un poco el bonete hacia atrás!... mucha frente... en el teatro y en todas partes revela la inteligencia.

St. VAL. ¿Quién es esa linda dama?

FIL. La señorita Mercedes que será pronto la esposa de Alberto Jarvis.

St. VAL. Oí decir que el señor Bernard es tutor de una señorita que lleva el mismo nombre y se casa con ella.

MER. La señorita Mercedes, pupila del señor Bernard, está ya prometida al señor Alberto.

FIL. Y, Dios mediante, la sobrina del Conde de Chateaubourg, será la esposa de un artista.

St. VAL. ¿Conocéis á la sobrina del Conde?

ALB. (*Rápido*). Acabáis de saludarla.

St. VAL. ¡Vos! ¡Entonces el señor Bernard ignora que esa sobrina sois vos!

VERD. ¿Cómo queréis que lo ignore, siendo su tutor?

St. VAL. ¡¡Lo sabía!!

VERD. Desde hace seis años.

St. VAL. Y pretendía casarse con vos?

MER. Y aún confía lograrlo.

St. Val. ¡¡Entonces ese Bernard!! ¡¡es un canalla!! ¡¡un malvado ruín!!

Fil. ¡Mucho me lo temo!

St. Val. ¡Oh!... ¡pero esto no puede quedar así! Ahora mismo voy á pedirle estrecha cuenta... (*Va á salir disparado, pero Filidoro le corta el paso*).

Fil. ¿Con ese traje?...

St. Val. Es verdad. ¡Voy á quitármelo! (*Se dispone á ello*).

Fil. ¡Desgraciado! ¿Y la sentencia?

St. Val. ¿A mí que me importa la sentencia? ¡Otros asuntos tengo que ventilar! ¿Sabéis lo que ha hecho ese infame?

Fil. ¡Aunque haya degollado á media humanidad, el público exigirá la sentencia y nos silbará si la suprimimos!

St. Val. Eso no: no quiero perjudicaros. ¡Pronto! ¡Vamos á despachar eso en seguida! ¡Corramos!

Fil. (*Deteniéndole otra vez*). ¡Pero al menos esperad á que nos toque la salida!

St. Val. Es verdad. (¡Oh, amor!).

(*Golpe de tam-tam dentro*).

Fil. Ya falta poco. Ese lúgubre sonido, indica que el reo sale de la prisión.

(*Tocan las 6*).

Y ese reloj señala la hora de mi ejecución. Vos abrís la marcha, Arturo. ¿Estás prevenido, Baltasar?

Balt. (*Con voz cavernosa*). El veldugo está dispuesto.

Fil. ¡No os impacientéis, hijos míos! ¡En cuanto me corten la cabeza vuelvo aquí para bendeciros!... (*Haciendo un gesto significando hambre y apoyando la mano sobre el estómago*). ¡Y después á cenar! ¡Mi velo negro! (*Baltasar se lo echa sobre la cabeza*). ¡En marcha, señores! (*Saint-Valery el primero, Filidoro le sigue con la cabeza caida sobre el pecho y Baltasar detrás con el hacha sobre la espalda*).

TELÓN RAPIDO



ACTO CUARTO

LOS DOS TRAIDORES

Salón ricamente adornado en casa de Bernard. Candelabros y luces con profusión. La puerta del fondo, que está abierta, deja ver otro salón en cuyo centro hay una araña. En dicha pieza circulan los convidados á la soirée. En primer término á derecha é izquierda, canapés y sillas. Una puerta á cada lado y en primer término izquierda, un secreter.

ESCENA PRIMERA

LORENZO, VERDIER, GUICHARD, MERCEDES
y SAINT-VALERY

(Al levantarse el telón, Lorenzo de etiqueta, está en pié junto al canapé de la derecha en el que están sentados Verdier y Guichard. En el de la izquierda, Mercedes y una señora sentadas, junto á las cuales está Saint-Valery de pié):

LOR. Sí, señores; podemos decir que el resultado supera nuestras esperanzas. El señor Bernard había prevenido á una docena de amigos para una reunión de confianza, á fin de obsequiar en su casa á los principales actores y actrices de nuestro teatro, que dejarán muy pronto nuestra ciudad. La noticia ha corrido de boca en boca y lo más selecto de nuestra sociedad, aprovecha la ocasión para ver de cerca á las reinas de la escena, sobre todo á la simpática Flora.

GUICH. A quien no he visto es al terrible Filidoro.

LOR. El pobre hombre, según dicen, está pasando graves disgustos de familia.

GUICH. ¿Y esa fiera tiene familia?

LOR. Así dicen.

GUICH. Tampoco he visto á Bernard, para felicitarle por su próximo enlace con la señorita Aubrée.

St. VAL. (*Aparte á Mercedes*). (Allí hablan de vos, señorita).

(*Las dos damas y él escuchan atentamente*).

LOR. Está tan ocupado que no se le encuentra por ninguna parte. Pero podéis dirigir vuestros plácemes á la señorita Mercedes.

MER. ¿Habláis conmigo, señor Lorenzo?

GUICH. Me estaba confirmando la noticia de vuestro matrimonio.

LOR. La danza ha terminado. Voy á vigilar el servicio. (Mucho tarda Bernard).

ESCENA II

VERDIER, SAINT-VALERY *y* MERCEDES

VERD. No comprendo como se ha arreglado Bernard para desplegar tanto lujo esta noche.

St. VAL. Ahora mismo se lo estaba explicando á la señorita Mercedes. Tuve la candidez de confiarle dinero.

VERD. Comprendo. Vos sois quien pagáis las luces, los músicos, las flores...

St. VAL. Y los refrescos. Pero tengo que dejaros para buscar á ese: no conviene perderlo de vista. Pronto volveré, señorita, para recordaros que soy vuestra pareja. (*Saluda y vase*).

ESCENA III

VERDIER *y* MERCEDES

MER. Ya véis que os obedezco ciegamente. Seguiré al señor Bernard, mientras no me detengáis en el camino.

VERD. No creo que vayamos muy lejos.

MER. ¿Y Alberto? ¿Ha vuelto ya de Nantes?

VERD. Hace algunas horas. Vigila en la calle, mientras el Marqués y yo estamos aquí para alejar de Bernard todo indicio de desconfianza.

MER. ¿Y el señor Filidoro, á quien hemos dado el medio de entrar sin anunciarse?

VERD. No ha venido aún y os confieso que no adivino su proyecto. Aquí se acerca Flora.

MER. ¿La señorita Flora?

VERD. Ya sabéis que forma parte del complot. (*Se sientan y hablan en voz baja en el canapé izquierda*).

ESCENA IV

Dichos FLORA, GUICHARD *y* REVEL

(*Flora va á sentarse en el canapé de la derecha. Los dos hombres, uno á cada lado y de pié detrás del canapé*).

GUICH. Si tuviérais la amabilidad de consultar la lista de los que tendrán el honor de bailar con vos...

FLO. (*Mostrándole una hoja de su carnet*). Muy larga es; pero si el baile se prolonga hasta las cuatro, os inscribiré.

REV. Recordad que he sido el primero. El Doctor Revel.

FLO. ¡Ah! ¿Sois médico?

REV. Y como tal, deseo estar á vuestras órdenes.

FLO. Gracias. No me conviene estar enferma. ¿Y vos, señor, sois médico también?

GUICH. ¡Abogado, señorita!... Y deseando que tengáis un pleito, para defenderos.

FLO. Gracias, señores, por tanto interés.

(*Rompe la orquesta en los salones y se ven cruzar parejas en todas direcciones. Saint-Valery sale, ofrece el brazo á Mercedes y vanse hacia el segundo salón*).

REV. Parece que vuestra pareja no se presenta.

FLO. Si hace rato que está aquí. (*Yendo hacia Verdier que se iba*). ¿Queréis hacerme el honor de recordar que me habéis invitado para la gavota?

VERD. ¡Pero hija mía! ¡Lo que me decís no es serio!...

FLO. Qué falta de memoria. Apresuráos.

VERD. Si hace más de veinte años que no...

FLO. ¡Mejor! ¡Mejor! (*Se lo lleva*).

VERD. Es que estoy confuso... aunque muy satisfecho... (*Desaparecen*).

GUICH. ¡Parece que el señor Verdier!

REV. (*Maliciosamente*). ¡Ya lo habéis visto!

GUICH. ¿No decían que estaba medio arruinado?

REV. A la cuenta no es así.

GUICH. Veamos esa gavota.

REV. Veamos.

(*Vanse saludando á Lorenzo que entra y cierra la puerta*).

ESCENA V

LORENZO *luego* BERNARD

LOR. Un coche acaba de entrar en el patio. ¿Será el de Bernard? ¡Ah! El es.

(*Sale Bernard por la puerta izquierda*).

¿Y bien?

BERN. ¿Qué?

LOR. ¿La cartera?

BERN. En mi poder.

LOR. ¿Por fin lograste?...

BERN. Aquí está. Toma. (*Dándole la misma de Filidoro*). Guárdala en el secreter. ¿Tienes tu doble llave?

LOR. Sí.

BERN. Después contaremos los billetes. (*Va á un espejo y se arregla el traje*).

LOR. Pierde cuidado. (Estos ya no verán el sol). (*La mete en su bolsillo*).

BERN. ¿Han reparado en mi ausencia?

LOR. Apenas lo han notado.

BERN. Muy bien ¿Qué hacen ahora?

LOR. Bailan.

BERN. Perfectamente.

LOR. ¿Y el cándido Filidoro?

BERN. Esta mañana pude penetrar en su posada mientras estaba ausente. En el primer cajón que conseguí abrir, encontré la cartera. En su lugar dejé cuatro palabras escritas diciendo poco más ó menos lo siguiente: —He venido con la esperanza de inutilizar los billetes acusadores. Los he buscado, encontrado y destruido.

LOR. Muy bien.

BERN. ¿Ahora dime: el Marqués?...

LOR. Inquieto y celoso de Flora.

BERN. Contaba con ello. ¿Alberto?

LOR. No ha parecido.

BERN. ¿Y Mercedes?

LOR. Muy alegre.

BERN. Probablemente ya no pensará en él. Mañana doy diez mil francos á mis acreedores para calmarlos. Cubro de diamantes á Mercedes y mi boda se realiza sin obstáculo. Ahora á divertirnos. Voy á bailar con Flora.

(*Abrese la puerta del foro y salen*).

ESCENA VI

Dichos, VERDIER, SAINT-VALERY, GUICHARD *y dos* INVITADOS

VERD. ¡Hola! ¡Por fin echamos la vista sobre el buen señor Bernard!

St. VAL. En efecto.

VERD. ¿Qué ha sido de vos, amigo mío? ¿Os habíais ocultado?

BERN. Nada de eso. Precisamente decía á Lorenzo que deseaba hablaros.

VERD. Estoy á vuestras órdenes.

BERN. Quería, señor Verdier, aprovechar la coyuntura de ver en mi casa al subrogado tutor de Mercedes, para hablarle de mi felicidad y de los preliminares de nuestro contrato de boda.

VERD. En efecto: hablemos pues de ese contrato que debe regular y fijar los intereses de los cónyuges.

(*Llaman violentamente á la puerta de la izquierda*).

BERN. ¿Quién puede llamar así?

LOR. Sin duda algún invitado que andará perdido por esas habitaciones.

BERN. Averigua lo que sea.

(*Lorenzo abre y aparece Filidoro con muletas y un traje igual al que usó Bernard en su primera salida del prólogo, sin omitir ningún detalle, é imitando su voz débil y quebrada lo más exactamente posible, á fin de evocar enérgicamente en el público el recuerdo del pobre mutilado*).

ESCENA VII

Dichos y FILIDORO

FIL. ¡Perdonad, mi buen señor! ¡Desearía que me indicáseis donde podría encontrar al heredero de un tal Pedro Montell...

St. VAL. (¡Qué veo!).

VERD. (¡Callad y oigamos!).

FIL. Porque quiero restituírselo todo. El miedo y el arrepentimiento me lo han aconsejado... y venía á pedirle humildemente perdón de haber escuchado á Pedro Montel, cuando dictaba su testamento, siendo yo primer pasante del notario Verdier.

VERD. Verdier soy yo... y el único primer pasante que he tenido es el señor Bernard aquí presente.

FIL. ¡Ah! ¡Era el bueno de Bernard! el dignísimo, el honorable... (*Irguiéndose y quitándose venda y sombrero y hablando natural pero con voz firme y entera recordando la misma transición de Bernard en el prólogo*). Entonces este disfraz es inútil, puesto que encuentro aquí al pobre mutilado en el incendio de la alquería de Moustier. ¿Está aqu Lorenzo?

VERD. Sí, miradle.

FIL. ¡Ah! (*Cogiendo sus muletas y echándoselas como todo lo demás. Igual que en el prólogo*). ¡Toma, cómplice mío! Toma esas muletas... esa lemosina .. el sombrero... la venda...

LOR. Pero... (*Recibiéndolo todo con asombro*).

FIL. ¡Silencio!... ¡he cortado el faldón! ¡Ya está hecho el negocio! ¡Llévate y oculta todo eso!

LOR. ¡Pero... no comprendo!...

FIL. Hace doce años hiciste lo mismo con Bernard en San Servando: bien puedes hacerlo hoy por mí.

LOR. ¡Es que yo!...

FIL. (*Empujándole hacia la puerta izquierda y encerrándole*). ¡Apresúrate, desgraciado! Los gendarmes no pueden tardar.

ESCENA VIII

Los mismos menos LORENZO

FIL. Ahora, señores, os ruego que me dejéis solo con el señor Bernard. Tengo una cuentencita pendiente con él... y quiero dejarla saldada.

(*Se van todos*).

ESCENA IX

BERNARD *y* FILIDORO

BERN. (¡El ataque ha sido imprevisto!).

FIL. (Dejémosle venir).

BERN. ¡Os felicito, señor Filidoro! Habéis representado ese tipo con tanta perfección, que ni siquiera os había reconocido.

FIL. ¡Como modelos de escenas bien ejecutadas, la que representastéis anoche en mi cuarto!

BERN. ¿Una escena? No recuerdo...

FIL. ¡Sí: lo proclamo en alta voz! ¡Sois un gran comediante!... y comparado con vos, no soy más que un pobre plagiario. ¡Vos sois el verdadero modelo de los malhechores! ¡el rey de los infames! ¡Yo, cuando hiero en la sombra, la hoja de mi puñal se hunde en el mango!... ¡pero la vuestra penetra en la carne viva y llega al corazón! ¡Cuando yo robo, el fruto de mi crimen se reduce á unos cuantos retazos de cobre dorado y alguna bolsa vacía!... ¡pero vos!... ¡Vos robáis verdaderos escudos de seis libras en la granja de los Estanques... y auténticos luises de oro en el Molino de Meruel!

BERN. (¡Cómo ha podido descubrir!)

FIL. En castigo de mis horrendos crímenes, todas las noches al final del drama, la pistola que me mata está cargada con pólvora sola... ¡Pero vos!... ¡Tendréis que veros cara á cara con la verdadera justicia! ¡La horca estará bien sujeta y atornillada!... ¡La cuerda, de excelente cáñamo!... Y vuestra ejecución, por lo merecida, será la sola cosa que no habréis robado en este mundo.

BERN. ¿Eso que ante mí representáis es una escena nueva?

FIL. Váis á saberlo... pero antes... (*Tira del cordón de una campanilla*).

BERN. ¿Qué hacéis?

FIL. Lo estáis viendo. Llamo á uno de vuestros criados. (*Aparece el Lacayo 2.º y Filidoro le dá una carta*). Tomad: hacedme el favor de echar esta carta al correo. ¡He sido criminal más de dos mil veces, pero nunca tanto como vos, honorable Bernard!

BERN. ¡Qué osáis decir! ¡Oh! ¡Yo castigaré tanta audacia!

FIL. ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Bravo! (*Aplaudiéndole*). Eso es lo que hago yo al final del drama. ¡Cuando me sorprenden!... ¡Cuando me arrancan la máscara!... ¡Daos prisa! Todos vuestros crímenes tan bien urdidos y todos vuestros robos consumados acabo de revelarlos en la carta que vuestro lacayo habrá echado al correo, para el Procurador imperial... y esta madrugada la recibirá. Aprovechad, pues, la noche para ganar terreno á la justicia.

BERN. Si tan culpable me juzgáis ¿porqué queréis asegurar mi fuga?

FIL. ¡Porque no quiero sumarios, declaraciones, ni entorpecimientos judiciales! ¡Porque estoy ávido de

reposo!... ¡Me considero bastante rico con los cien mil francos en billetes falsos, que son verdaderos!... ¡Y que vos no me habéis podido quitar!

BERN. (¡Imbécil! ¡Aún confia en ellos!)

FIL. En fin; preparad los bagajes y recoged velas. Yo voy á admirar la fiesta, que contra su voluntad, costea el Marqués de Saint-Valery... (*Poniéndose guantes blancos*). y á ofrecer mi brazo á la futura esposa de Alberto Jarvis. ¡A la pobre niña que se escapa de vuestras redes por un milagro providencial! Recordad que os quedan pocas horas para preceder á los gendarmes. (*Abre la puerta del fondo y encuentra un lacayo que le presenta una bandeja de variados refrescos*).

LAC. 1.º ¿Un sorbete? ¿Una limonada?

FIL. Gracias, no me hace falta. Podéis ofrecerlo al señor Bernard que está muy acalorado y debe necesitar refrescos. (*Vase por el foro*).

ESCENA X

BERNARD *luego el* LACAYO 2.º

BERN. ¡Si supieras que me llevo tu preciosa cartera, no allanarías mi fuga con tanta facilidad! (*Tira del cordón de la campanilla y sale el Lacayo 2.º*). Llégate inmediatamente á la posta, y encarga que me ensillen un caballo.

LAC. 2.º Muy bien, señor.

BERN. Dime: ¿la carta que te ha entregado ese comediante... ese loco?...

LAC. 2.º ¿El traidor del teatro?

BERN. Sí; ¿La llevaste al correo?

LAC. 2.º No, señor.

BERN. (*Con alegría*). Muy bien hecho.

LAC. 2.º He leido en el sobre que iba dirigida al señor Procurador imperial, y como ha venido, le he entregado en la sala de juego.

BERN. (¡Imbécil!)

LAC. 2.º ¿Tenéis algo que mandarme?

BERN. (*Con fingida dulzura*). Nada, hijo mío. ¡Volando á la posta!... Un caballo. Llegaré allí al mismo tiempo que tú.

LAC. 2.º Voy corriendo, señor. (*Vase el Lacayo*).

ESCENA XI

BERNARD

BERN. ¡Diablo! Los momentos son contados. Saldré sin bagajes. La cartera me basta. Veamos. *(Registrando el secreter)*. ¡Nada! No es posible que... Tal vez Lorenzo la habrá ocultado, por exceso de prudencia... Lo registraré todo. (*Mientras revuelve, salen Saint-Valery y Alberto y se dirigen hacia él. Al oir la voz de Alberto, cierra precipitadamente*).

ESCENA XII

BERNARD, SAINT-VALERY *y* ALBERTO

ALB. Si buscáis la cartera perdéis el tiempo.

BERN. ¡Cómo! ¿Qué cartera?

ALB. La que habéis quitado á Filidoro. Lorenzo se ha quedado con ella.

BERN. (¿Qué quiere decir?...)

ALB. (*Conteniendo su cólera*). Os habéis permitido interceptar mis cartas á Mercedes...

St. VAL. ¡A la sobrina del Conde de Chateaubourg!

ALB. Y yo, que vigilaba en secreto, para devolveros la jugada, me he apoderado de esta... que os dirigía el buen señor Lorenzo.

BERN. (¡Torpe!).

ALB. (*Leyendo*). «Mi querido Bernard. La situación me amedrenta. Confieso mi debilidad y apelo á la fuga. Te has quedado con los escudos de los Estanques y los luises de Meruel: bien puedo quedarme con los billetes inesperados. En cambio te abandono el dote de tu preciosa pupila».—Ya lo véis: la confesión no puede ser más completa.

ESCENA XIII

Dichos y FLORA

FLO. ¿Y bien? ¿Qué hacéis aquí? ¿No sabéis lo que ocurre?

St. VAL. No.

FLO. El Procurador imperial hace custodiar todas las salidas y dicen que el señor Bernard está preso por ladrón.

BERN. ¿Ya? ¿Tan pronto?

ST. VAL. Dadnos al menos los medios para alcanzar á Lorenzo ya que no podéis acompañarnos.

BERN. ¡Calma, señor de Saint-Valery!

FLO. ¡Vos soís el Marqués de Saint-Valery!

ST. VAL. Sí, Flora. ¡Os oculté mi rango, por exceso de amor! (*Flora se sienta pensativa, se abre la puerta del foro y aparece Verdier precedido de Filidoro y Mercedes. Luego algunos convidados curiosos entre los cuales hay algunas damas*).

ESCENA XIV

Los mismos, FILIDORO, VERDIER, MERCEDES *é invitados.*

FIL. ¡Bernard se ha fugado, señores, lo sé de fijo!

VERD. ¡No! Miradle.

FIL. (*Estupefacto*). ¡Aún aquí!

MER. La fuga hubiera sido la impunidad.

FIL. También hubiera sido una prueba contra él y ahora no tenemos ninguna.

ALB. Al contrario. Las tenemos irrecusables.

FIL. ¿Tenéis pruebas?

ALB. Si supieras á qué precio...

FIL. ¿Dónde están?

ALB. ¡En esta carta que nos dice que Lorenzo se ha fugado con tu cartera! (*Se la dá*).

FIL. ¡Cómo! Loren .. se ha fug... ¡Ja, ja, ja! ¡Bravo!

ST. VAL. ¡Que se apresuren á perseguir á Lorenzo!

FIL. ¡Calma, señores, calma! Como ayer me veía rodeado de ladrones de herencias, coloqué prudentemente en mi bolsillo, los billetes que contenía la cartera... (*Los enseña*). y la llené con un paquete de papeluchos inútiles, que el señor Lorenzo podrá contemplar á su gusto, durante su espinoso viaje.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos VERDIER *y cuatro gendarmes*

VERD. El acusado Bernard, á las cárceles de la ciudad. (*Los gendarmes se lo llevan*).

FIL. ¡Los gendarmes! ¡Gracias á Dios que esta noche no vienen por mí! Invariablemente cuando apare-

cen, siempre dejo á los buenos uniendo á sus hijos que se aman, mientras yo salgo entre los silbidos del público. Pero esta vez rogaré á Dios con todas las fuerzas de mi alma por los novios que el crimen se empeñó en separar, y que el destino ha logrado reunir. (*Tiende las manos á los novios que se las estrechan con fruición, mientras Saint-Valery parece implorar á Flora. Cuadro.*

FIN

Obras dramáticas de D. José M.ª Pous

¡Viva 'l divorci!, comedia catalana en 4 actos.
Indicis, comedia catalana en 1 acto.
¡Tot per las donas!, comedia catalana en 1 acto.
Un músich de regiment. (*Per una solfa*), zarzuela catalana en 1 acto.
¡Mala nit!..., comedia catalana en 1 acto.
Madame Lili, zarzuela castellana en 3 actos.
Lo patró Aranya, comedia catalana en 1 acto.
¡Ignoscents!, comedia catalana en 1 acto.
Seguros matrimonials, zarzuela catalana en 3 actos.
La perla de Getafe, zarzuela castellana en 1 acto.
La Chiva, parodia política de la opereta de Offembach *La Diva*.
Vico y Calvo, apropósito bilingüe-plagio-plástico.
Com á ca 'l sogre, comedia catalana en 1 acto.
Marit bis, comedia catalana en 1 acto.
Un marido á línea corta ó tres cabezas para un sombrero, zarzuela castellana en 1 acto.
De Pelagalls á Barcelona, monólogo catalán, viaje cómico.
Tres pierrots. (*Escenas de Carnaval*), comedia castellana en 1 acto.
Lo polissón, comedia catalana en 1 acto.
Un dinar á Miramar, comedia catalana en 1 acto.
Primer de Maig, monólogo cómico, catalán.
Barcelona de nit, monólogo cómico-lírico.
Las Reformas, revista en 1 acto, 1 prólogo y 5 cuadros.
Gobernador, 4 bis, comedia catalana en 1 acto.
Un profesor de piano, zarzuela castellana en 1 acro.
Juana de Arco, monólogo dramático histórico en castellano.
El gorro de Fermín, zarzuela castellana en 1 acto.
Los aucellets, comedia catalana en 3 actos.
Fet y pastat, comedia catalana en 1 acto.
Los españoles en Africa, episodio en 1 acto y 6 cuadros.
Tres per una, zarzuela catalana en 1 acto.
Una dona y un Deu, comedia catalana en 1 acto.
¡Lo diner!..., comedia catalana en 3 actos.
Quinta en venta, zarzuela castellana en 1 acto.
Los Encants de Sant Antoni, sainete catalán en 1 acto.
El tigre de Montañán, drama castellano en 6 actos.
O'Kill en Barcelona, Sonambulismo en 1 acto.
Se rifa un beso, zarzuela castellana en 1 acto.
Mossen Félix, comedia catalana en 2 actos.
El hombre del organillo, melodrama castellano en 7 actos.
Entre amigos, comedia castellana en 1 acto.
Viatje urgent, comedia catalana en 3 actos.
Toalla Friné, comedia catalana en 1 acto.
Anima, drama catalán en 3 actos.
¡Ay, que ve la dona!, comedia catalana en 1 acto.
Pluja de fills, comedia catalana en 3 actos.
La bella perfumista, zarzuela castellanaen 1 acto y 3 cuadros.
Curt de gambals, comedia catalana en 1 acto.
La herencia de un mendigo, melodrama castellano en 1 prólogo y 4 actos (3).

(Sigue)

Próximas á estrenarse

De Madrid á Suiza, comedia castellana en 4 actos.
De Sevilla á Méjico, zarzuela castellana en 3 actos, 9 cuadros de gran aparato.
¡Ja estém sols!..., comedia catalana en 1 acto.
La perla de Leganés, zarzuela castellana en 1 acto.
Roda 'l mon..., comedia catalana en 5 actos.
La Verbena de Sant Pere, zarzuela catalana en 1 acto.
La familia Casas en la Font del Fero, sainete catalán en 1 acto.
Las aguas de Panticosa, zarzuela castellana en 1 acto.
Moneda falsa, zarzuela castellana en 2 actos.
La madre del condenado, drama castellano en 4 actos.
Un deudor forzoso, zarzuela castellana en 1 acto.
Ni él es él, ni yo soy yo, zarzuela castellana en 1 acto
La fortuna, revista de gran espectáculo en 1 acto y 3 cuadros.
Se rifa un petó, zarzuela catalana en 1 acto.
La manta, cuadro dramático catalán en 1 acto.
Vent de Llevant, ó hay días de mala luna..., sainete catalán en 1 acto.
¡Tots los homes son iguals!, comedia catalana en 3 actos.
Lo tribunal de les ayguas, comedia catalana en 1 acto.
Militares y doncellas, zarzuela castellana en 1 acto y 4 cuadros.
Alma, drama castellano en 3 actos.
A cassa de divorciadas, zarzuela catalana en 1 acto.
¡Viva el divorcio!, comedia castellana en 4 actos.
Madame Cou cou, zarzuela castellana en 1 acto y 3 cuadros.
El capitán de aventuras (Buridán), drama en 6 actos (1).
Los provincianos, comedia castellana en 4 actos (1).
La ley nupcial, zarzuela castellana en 1 acto y 3 cuadros (2).
La estrella errante, zarzuela castellana en 1 acto y 2 cuadros (1).
Los Corsarios, opereta castellana en 1 acto y 3 cuadros (1).
La hija del Tambor mayor, opereta castellana en 1 acto y 4 cuadros (1).
Los pieles rojas, melodrama castellano en 4 actos.
Por el honor del nombre, drama castellano en 1 prólogo y 4 actos (1).
Un marit per horas, comedia catalana en 1 acto.
Marit mode', comedia catalana en 3 actos.
De l' Infern al Cel, comedia catalana en 4 actos.
¡A Barcelona! ¡A Barcelona!, comedia catalana en 4 actos.
Robo ab fractura, comedia catalana en 3 actos (1).
Arte, amor y libertad, zarzuela castellana en 1 acto y 3 cuadros (1).
Secreto de estado, zarzuela castellana en 1 acto y 2 cuadros (2).
¡Me ha tocao la china!, zarzuela castellana en 1 acto y 3 cuadros.
Guanyarás lo pá..., drama catalán en 1 acto.
Los hijos del capitán Grant, melodrama castellano en 1 prólogo y 5 actos (3).

---

(1) En colaboración con D. Gonzalo Jover.
(2) En colaboración con D. Ramón Asensio Mas.
(3) En colaboración con D. Conrado Colomer.





PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los Sres. Hijos de J. Cuesta, Carretas, 9; de don Fernando Fe, Carrera de S. Gerónimo, 2; y de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6.

BARCELONA

D. Edualdo Puig, Plaza Nueva, 5; don Antonio López, Rambla del Centro, 20; y principales librerías.

Precio: DOS pesetas

